EL JUEGO DE LA VIDA

… *Y CÓMO JUGARLO*

Florence Scovel Shinn

1 EL JUEGO

La mayoría de la gente considera la vida como una batalla, pero la vida no es una batalla sino un juego.
Un juego en el cual, sin embargo, no es posible ganar si no se posee el conocimiento de la ley espiritual. El Antiguo y el Nuevo Testamento nos brindan con una maravillosa claridad las reglas del juego. Jesucristo enseñó que este juego se llama dar y recibir.
«Todo lo que un hombre siembra, eso cosechará.» Esto significa que aquello que un hombre da por la palabra o por la acción, eso recibirá. Si siembra el odio, recibirá odio; si ama, será amado a su vez; si critica, no se salvará de la crítica; si miente, alguien le mentirá; si hace trampas, le robarán. Nosotros aprendemos que la imaginación juega un papel primordial en el juego de la vida.
«Guarda tu corazón (o tu imaginación) más que cualquier otra cosa, pues de él manarán las fuentes de la vida» (Prov. 4,23).
Esto significa que aquello que el hombre imagina se exterioriza, tarde o temprano, en su vida. Yo conozco a un señor que temía una determinada enfermedad. Se trataba de una enfermedad muy poco frecuente y difícilmente contagiosa, pero él se la representaba sin parar, y leía artículos sobre ella, hasta que un día la enfermedad se manifestó en su cuerpo, y el hombre murió víctima de su propia imaginación deteriorada.
Nosotros observamos que para participar con éxito en el juego de la vida, es necesario dirigir bien nuestra imaginación. Es entonces cuando nuestra imaginación se anima a no representar nada más que el bien. Atraiga a su vida «todos los deseos justos de su corazón», la santidad, la riqueza, el amor, las amistades, la perfecta expresión de usted mismo y la realización de los más altos ideales.
La imaginación es llamada «las tijeras del espíritu» y, de hecho, recorta sin parar, día tras día las imágenes que el hombre forma y, tarde o temprano, encuentra en el plano exterior sus propias creaciones. Para formar convenientemente su imaginación, el hombre debe conocer la naturaleza de su espíritu, su forma de funcionar; los griegos decían: «Conócete a ti mismo».
El espíritu comprende tres planos: el subconsciente, el consciente y el superconsciente. El subconsciente no es más que fuerza sin dirección. Se parece al vapor o a la electricidad y manifiesta aquello que se le ordena; no tiene un poder intrínseco.
Todo lo que el hombre siente profundamente o imagina claramente queda impreso en el subconsciente y se manifiesta en los menores detalles.
Por ejemplo, una señora que conozco siempre se hace pasar por «viuda», desde niña. Se viste de negro, con un largo manto, y sus familiares la encuentran muy divertida y graciosa. Cuando se convirtió en una mujer, se casó con un hombre al que amaba profundamente. Poco tiempo después, él murió y ella se vistió con un largo manto de duelo durante muchos años. Su subconsciente, impresionado por la imagen que ella misma se había formado en el pasado, se exteriorizó sin tener en cuenta su dolor.
El consciente es llamado espíritu mortal o carnal. Es el espíritu humano que ve la vida tal como ésta se manifiesta. Observa la muerte, los desastres, la enfermedad, la miseria, y las limitaciones de todos los tipos, e imprime todo esto en el subconsciente.
El superconciente, es el Espíritu de Dios que está en cada hombre, es el plano de las ideas perfectas.
Es ahí donde se encuentra el «modelo perfecto» del que habla Platón, el Plan Divino, pues hay un plan divino para cada persona.
«Hay un lugar que usted debe ocupar y que ninguna otra persona puede ocupar; usted tiene una tarea por hacer que ninguna otra persona puede cumplir. »
Tenemos una imagen perfecta de esto en el superconciente. Esta imagen se proyecta a veces como un relámpago en el consciente y parece un ideal fuera de su alcance, algo demasiado bonito para ser verdad.
En realidad, éste es el destino verdadero del hombre, proyectado por la Inteligencia Infinita que hay en él mismo.
Muchas personas, no obstante, ignoran su verdadero destino y tratan de forzar las cosas, las situaciones que no les son propias y que les causarán fracasos y desilusiones en el caso de que lleguen a poseerlas.
Una joven, por ejemplo, vino a verme para pedirme el «pronunciamiento de la palabra» con la finalidad de casarse con un hombre del que ella estaba muy enamorada. (Ella le llama A. B.).
Yo le dije que sería una violación de la ley espiritual, pero que pronunciaría la palabra para el hombre de elección divina, el hombre que le pertenecía por derecho divino.
Y añadí: «Si A. B. es el hombre, usted no podrá perderlo; si no lo es, usted encontrará a su equivalente». Ella se encontraba con A. B. constantemente, pero él no se le declaraba. Una noche, la joven vino a verme y me dijo: «¿Sabe que después de una semana A. B. no me parece más extraordinario?». Yo le contesté: «Quizá él no sea su hombre en el Plan Divino, y puede ser que haya otro». Poco tiempo después, la joven conoció a una persona que se enamoró inmediatamente y que le declaró que ella era su ideal. De hecho, le dijo todas las cosas que ella había esperado oír de A. B. Para esta joven, todo eso es asombroso. No tardó en empezar a responder a sus voces interiores y abandonó por completo su interés por A. B.
Éste es un ejemplo de la ley de la sustitución. Una idea justa ha sustituido a una idea falsa y, en consecuencia, no hubo una pérdida o un sacrificio.
Jesucristo ha dicho: «Busca el Reino de Dios y Su Justicia y todo lo demás te será dado por añadidura», y Él ha

afirmado también que el Reino está dentro de nosotros.
El Reino es el plan de las ideas justas, del modelo divino.
Jesucristo ha enseñado también que nuestras palabras juegan un papel capital dentro del juego de la vida. «Por todas tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado.»
Muchas personas causan un desastre en sus vidas por palabras desconsideradas.
Es así como una señora me preguntó un día por qué su vida se había vuelto tan pobre y tan mezquina. Tenía un hogar repleto de cosas bonitas y poseía mucho dinero. Al investigar un poco más, descubrimos que se había cansado de dirigir su casa y que repetía sin parar: «¡Yo no quiero todas esas cosas, a mí me gustaría vivir dentro de una maleta!». A lo que añadió: «Hoy ya se ha realizado eso». Su palabra lo había precipitado. El subconsciente no tiene sentido del humor y la gente provoca sus propios males debido a sus bromas.
Aquí tenemos otro buen ejemplo: una persona que poseía una gran fortuna se divertía constantemente, y aseguraba que lo hacía así porque «se preparaba para entrar en un asilo».
Al cabo de pocos años estaba al borde de la ruina, por haber impreso en su subconsciente la imagen de la mediocridad y de la pobreza.
Afortunadamente, la ley tiene doble rasero, y una situación desgraciada puede ser transformada en una situación ventajosa.
Una consultante vino a mi casa en un cálido día de verano para solicitarme un «tratamiento» para la prosperidad (en metafísica «tratar» significa someterse a la acción de la oración). Estaba agotada, abatida, desalentada y me dijo que sólo le quedaban ocho dólares. Yo le contesté: «Es perfecto, nosotros vamos a bendecirlos y multiplicarlos como Jesucristo multiplicó los panes y los peces». Precisamente por eso Él ha enseñado que todos los hombres tienen el poder de bendecir y de multiplicar, de curar y de prosperar.
—¿Y después, qué debo hacer?
—Seguir su intuición. ¿Siente usted atracción por alguna cosa o algún lugar?
Intuición viene de "intueri", ver desde el interior, es decir, ser enseñado desde el interior. La intuición es la guía infalible del hombre. Hablaré más detalladamente de sus leyes en otro capítulo. Esta señora reflexionó: «No sé, me parece que debería volver al seno de mi familia; tengo solamente el dinero justo para el viaje de ida». Su familia se encontraba en un pueblo alejado y pobre; la razón, el intelecto, parecía decirle: «Quédese en Nueva York, encuentre trabajo y gane dinero».
Pero en lugar de eso yo le dije: «Vamos, regrese a su casa, no rechace jamás una intuición», y a continuación pronuncié para ella las palabras siguientes: «Espíritu infinito, abre la vía de la gran abundancia para la Señora X..., atrae irresistiblemente todo lo que a ella le pertenezca por derecho divino». Le recomendé repetir esta oración sin parar. Ella partió inmediatamente. Algunos días más tarde, en una visita, reencontró a una vieja amiga de su familia.
A través de esta amiga, recibió millares de dólares de una manera milagrosa. Después, me dijo lo siguiente: «Cuente la historia de la señora que vino a verle con ocho dólares en el bolso y una intuición».
La abundancia existe siempre en el camino del hombre, pero no puede manifestarse más que por el deseo, la fe, o la palabra pronunciada. Jesucristo indicó claramente que es el hombre quien tiene que dar el primer paso.
«Pida y recibirá, busque y encontrará, llame y se le abrirá» (Mat. 7,7).
Y en las Escrituras se lee: «En lo que se refiere al trabajo de mis manos, mándame».
La Inteligencia Infinita, Dios, siempre está listo para realizar los deseos de los humanos, pequeños o grandes.
O bien, todo deseo expresado o inexpresado, es una demanda. Podemos asombrarnos al ver un sueño bruscamente realizado. Un año, por Pascua, viendo bonitas rosas en los escaparates de las floristerías; yo deseaba recibir una y, poco después, me imaginé mentalmente una rosa depositada ante mi puerta.
El día de Pascua me llegó un maravilloso ramo de rosas. Al día siguiente le di las gracias a la amiga que me lo había regalado y le dije que era exactamente lo que había deseado.
Ella me dijo: «¡Pero si yo no te envié un ramo de rosas! Yo te envié azucenas».
La floristería había confundido su pedido con otro y me envió el ramo de rosas simplemente porque yo había puesto en acción la ley, y debía recibir un ramo de rosas.
Nada se interpone entre el hombre, sus más altos ideales y cada deseo de su corazón, si no son la duda y el temor. Por eso si el hombre desea algo ardientemente, todos sus deseos se realizarán instantáneamente.
En el capítulo siguiente, explicaré más completamente la razón científica de esto y cómo el miedo puede ser borrado del consciente. Éste es el único enemigo del hombre: miedo de la pobreza, del fracaso, de la enfermedad, de las pérdidas, todos los sentimientos de inseguridad sobre cualquier plano que sea. Jesucristo ha dicho: «¿Por qué tienes miedo, hombre de poca fe?» (Mat. 8,26.) Creemos que debemos sustituir el miedo por la fe, pues el miedo no es más que la fe invertida: es la fe, ligada al mal en lugar del bien.
Este es el objetivo del juego de la vida, ver claramente el bien y rechazar de la mente todas las imágenes del mal. Eso se obtiene imprimiendo sobre el subconsciente la realización del bien. Un hombre muy brillante que ha alcanzado un gran éxito, me contó que tuvo bruscamente un rechazo de todo temor en su conciencia y un día leyó un escrito en letra mayúscula: «No se inquiete, eso no se producirá probablemente jamás». Estas palabras impresionaron su subconsciente; él tiene ahora la firme convicción de que sólo el bien quiere entrar en su vida y, en consecuencia, solamente el bien se manifiesta.

En el capítulo siguiente trataré diferentes métodos de impresionar el subconsciente. Él es un fiel servidor del hombre, pero debe recibir órdenes convenientes. El hombre tiene constantemente cerca un testigo atento, su subconsciente.
Cada palabra, cada cosa que se dice se graba dentro del subconsciente y se realiza en detalles sorprendentes. Se parece a un cantante cuya voz quedara registrada en un disco. Si el hombre tose o vacila, el disco lo registrará también. Rompa los discos malos y viejos del subconsciente, los discos de nuestras vidas que no queremos conservar, y sustitúyalos por los nuevos y bonitos.
Pronuncie en voz alta, con fuerza y convicción, estas palabras: «Yo quiebro y demuelo (por mis palabras) todo lo que, dentro de mi subconsciente, es falso. Todo eso regresará a la nada, pues todos los pensamientos vanos salieron de mi imaginación. Ahora, grabo los nuevos discos por el poder de Cristo que hay en mí, que es la salud, la riqueza, el amor y la expresión perfecta de mi Ser, Ahí está la cuadratura de mi vida, el juego completo.»
Un poco más adelante, enseñaré cómo puede cambiar el hombre las condiciones de su vida, mediante el cambio de las palabras que utiliza. Aquel que no conozca el poder de la palabra se encuentra retrasado con respecto a su tiempo.
«La muerte y la Vida son el poder de la lengua» (Prov. 18,21).

2 LA LEY DE LA PROSPERIDAD

«Sí, El Todopoderoso será tu defensa y a ti no te faltará el oro.»
Uno de los más grandes mensajes que las Escrituras han dirigido al hombre es que Dios es la fuente y que, por su palabra, el hombre puede hacer surgir todo lo que le pertenece por derecho divino. Sin embargo, debe tener una fe integral en la palabra que él pronuncia.
Isaías dijo: «Mi palabra no retorna a mí sin efecto, sin haber ejecutado antes mi voluntad y haber cumplido con mis designios». Nosotros sabemos ahora que las palabras y los pensamientos poseen una fuerza vibratoria tremenda, y que dan forma constantemente al cuerpo y a todos los asuntos mundanos.
Una consultante acudió a verme un día; se sentía extremadamente inquieta y me dijo que el día quince de ese mismo mes, le iban a reclamar una importante suma de dinero. No veía ninguna manera de obtenerla y estaba desesperada.
Yo le expliqué que Dios es su fuente y que esta fuente existe para todas las demandas.
¡Y pronuncié la palabra! Di gracias para que ella recibiera este dinero en el momento oportuno y de una manera conveniente. Luego le dije que era necesario que tuviera una fe perfecta y que actuara de acuerdo con esa misma fe. El día quince llegó y el dinero no se había materializado.
Me llamó por teléfono para preguntarme qué tenía que hacer.
Yo le contesté: «Hoy es sábado y, por lo tanto, nadie le exigirá que entregue ese dinero. Su papel debe consistir en actuar como si ya fuera rica y, de ese modo, dará la prueba de una fe perfecta, la fe de quien cuenta con ese dinero para el lunes». Me rogó que almorzara con ella para fortificar su valor. La encontré en el restaurante, y le afirmé: «Este no es el momento para economizar. Pida un almuerzo exquisito, actúe como si ya hubiera recibido el dinero que está esperando. Todo aquello que solicite en oración, puede estar convencida de que ya lo ha re-cibido».
Al día siguiente, me llamó nuevamente para pedirme que pasara el día con ella.
«No —le dije—, usted está divinamente protegida, y Dios jamás se retrasa.»
Por la noche, me volvió a llamar, esta vez muy emocionada. «¡Querida, se ha producido un verdadero milagro! Esta mañana me encontraba en el salón cuando llamaron a mi puerta. Yo advertí a la asistenta: "No deje entrar a nadie". La muchacha miró por la ventana y me avisó que se trataba de mi sobrino. "Es aquel que tiene una gran barba blanca", me dijo.
»"Bien, déjalo pasar. Deseo verlo", le dije. Mi sobrino, al no obtener respuesta, ya se marchaba y había doblado la esquina cuando escuché la voz de la asistenta que lo llamaba y él regresó sobre sus pasos.
»Estuvimos hablando durante una hora y en el momento de partir, me dijo: "Ah, a propósito, ¿cómo están tus asuntos financieros?". Le contesté que necesitaba dinero y él me respondió: "Pues bien, cariño, yo te daré tres mil dólares en el primero de mes". No me atreví a confesarle que me iban a reclamar mi deuda. ¿Qué debo hacer ahora? Sólo recibiré ese dinero el primero de mes, pero lo necesito para mañana mismo.»
Le expliqué que continuaría el «tratamiento». (Nosotros llamamos tratamiento, en metafísica, cuando decimos que sometemos a una persona o situación a la acción de la oración.) Y añadí: «El Espíritu no llega jamás tarde. Doy gracias porque usted ha recibido el dinero en el plano invisible y por aquello que se manifestará en el momento apropiado».
Al día siguiente, por la mañana, su sobrino la llamó y le dijo: «Pasa por mi despacho esta misma mañana, y te daré el dinero». Ese mismo día, poco después de las doce, el dinero ya estaba disponible en su cuenta del banco y ella firmó los cheques tan rápidamente como le permitió su emoción.
Si pedimos el éxito preparándonos para el fracaso; sólo obtendremos aquello para lo cual nos preparamos. Un señor acudió a verme para que le pronunciara la palabra para que le fuera anulada cierta deuda. Me di cuenta de que se pasaba la mayor parte del tiempo pensando en qué le diría a la persona a la que debía ese dinero en el

momento en que le comunicara su imposibilidad de cumplir con el pago de la deuda. De ese modo, no haría sino neutralizar mi palabra. Le pedí que se viera a sí mismo en el momento de pagar su deuda.
Tenemos una maravillosa ilustración de lo que acabo de decir en la misma Biblia, con los tres reyes que, dentro del desierto, sin agua para sus hombres y para sus caballos, consultaron al profeta Eliseo, quien les comunicó este mensaje asombroso:
«Así habla el Señor: excavad dentro de este valle una fosa. No veréis ni viento, ni lluvia y, sin embargo, este valle se llenará de agua y podréis bebería, tanto vosotros, como vuestros acompañantes y vuestro ganado.»
El hombre debe estar preparado para recibir aquello que ha pedido, aunque no tenga a la vista la menor señal de que así será.
Una señora deseaba encontrar un piso en un año en el que había una gran escasez de apartamentos en Nueva York. Esto parecía una tarea imposible y sus amigos todavía contribuían más a aumentar su inquietud al decirle: «Qué lástima, usted se verá obligada a dejar sus muebles en un garaje y a vivir en un hotel». Pero ella contestaba: «No se inquieten por mí. Soy superhumana y ya verán como encontraré un piso».
A continuación, pronunció la palabra: «Espíritu infinito abre la puerta para que se encuentre el piso conveniente». Esta mujer sabía que existe una respuesta para cada demanda, que ella era espiritualmente libre, que trabajando en el plano espiritual y «que uno con Dios constituye una mayoría».
Ella tenía la intención de comprar unas nuevas mantas, pero «la tentación», el pensamiento negativo, a través de la razón, le sugirió: «No las compres; quizás, después de todo, no encontrarás el piso que buscas, y luego no sabrás qué hacer con esas mantas». Entonces, ante estos pensamientos, se dijo a sí misma: «¡Al comprar esas mantas voy a "cavar mi pozo"!». Así pues, se preparó para encontrar su piso, actuó como si ya lo tuviera, y terminó por encontrarlo de una manera milagrosa, algo que sólo pudo atribuir a su fe, ya que había por lo menos otras doscientas personas que querían ese mismo piso.
La compra de aquellas mantas representó un verdadero acto de fe.
Es inútil recordar que las fosas excavadas por los tres reyes dentro del desierto se vieron inundadas de agua hasta el borde (véase II Reyes, 3).
Sintonizar con las cosas espirituales no resulta nada cómodo para la mayoría de la gente. Los pensamientos adversos de duda, de temor surgirán del subconsciente. Estas son las «armas extranjeras» a las que se debe hacer huir. Eso es lo que explica por qué a menudo «hay más sombra antes de la aurora».
Una gran demostración suele verse precedida por pensamientos dolorosos.
Una vez descubiertas las altas verdades espirituales, lanzamos un desafío a las antiguas ideas escondidas dentro del subconsciente y es entonces cuando se manifiesta el error que debe ser exterminado.
Este es el momento de hacer frecuentes afirmaciones, de alegrarse y de dar gracias por todo aquello que ya se ha recibido.
«Antes de que ellos llamen, yo les contestaré.» Eso significa que «cada bien está perfectamente hecho» siempre que el hombre lo reconozca así, pues es a él a quien pertenece.
El hombre no puede obtener nada más que aquello que se ve a sí mismo recibiendo.
Los hijos de Israel recibieron la certeza de que podrían poseer todas las tierras que vieran. Lo mismo sucede con todos los hombres. No se posee aquello que no existe dentro de la propia visión mental. Toda obra grande ha sido manifestada antes por la visión, o a menudo se obtiene justo en el momento de una brillante demostración, surgida de un fracaso aparente y del desaliento.
Los hijos de Israel esperaban la «Tierra Prometida», pero no se atrevían a entrar en ella, pues decían que estaba poblada por gigantes que les daban la impresión de ser langostas. Esta es una experiencia común a todos los hombres.
Sin embargo, aquel que conoce la ley espiritual no se deja engañar por las apariencias y se regocija mientras está «todavía en cautividad». Esto quiere decir que persiste en ver la verdad y que da gracias por todo aquello que se ha cumplido, por todo lo que ya ha recibido.
Jesucristo nos ofreció sobre esto un maravilloso ejemplo. Él declaró a sus discípulos: «No decid nada, porque todavía faltan cuatro meses para la cosecha». Su visión clara traspasa el mundo de la materia y Él ve claramente el mundo de la cuarta dimensión, las cosas tal y como son en la realidad, perfectas y completas en el Espíritu Divino. Es así como el hombre debe mantener constantemente la visión del objetivo de su viaje y solicitar la manifestación de aquello que ya ha recibido, tanto si se trata de la salud perfecta, como si se trata del amor, la prosperidad, la facultad de expresarse perfectamente, un hogar, amigos.
Todas estas cosas son ideas perfectas y acabadas, registradas dentro del Espíritu Divino (el superconsciente del hombre); ellas deben manifestarse no a él sino a través de él. Por ejemplo, un hombre acudió a verme para pedirme un «tratamiento» para lograr un negocio. Para él era indispensable encontrar, dentro de un cierto límite de tiempo, cincuenta mil dólares. El tiempo estaba próximo, así que, desesperado, acudió a verme. Nadie le quería confiar el capital y la banca le había negado categóricamente su solicitud de crédito.
Yo le dije: «Supongo que usted está enfadado con la banca, perdiendo así sus fuerzas. Usted puede dominar todas las situaciones si sabe dominarse a sí mismo. Regrese al banco mientras yo "trato" el asunto».
He aquí cual fue mi tratamiento: «Por el amor usted está identificado con el espíritu de todos lo que trabajan dentro de este banco. Que la idea divi na parta de esta situación». El hombre exclamó: «¿Qué piensa usted? Esto

es imposible. Mañana es sábado, el banco cierra a las doce y mi tren no llega allí antes de las diez. Además, la fecha límite termina mañana y, de todas maneras, ellos no van a querer oírme. Ya es demasiado tarde».
Yo le contesté: «Dios no se inquieta por el tiempo, nunca es demasiado tarde para Él. Con Él, todas las cosas son posibles», y añadí: «No sé nada de negocios, pero conozco muy bien a Dios».
A lo que él me contestó: «Todo esto es magnífico, cuando la escucho, pero en cuanto me vaya, será una situación angustiosa para mí».
El hombre vivía en un pueblo lejano y no supe nada más de él durante una semana. Después, me llegó una carta. Decía lo siguiente: «Usted tenía razón. Pude encontrar el dinero que me dejaron prestado; jamás volveré a dudar de la verdad y de todo lo que usted me ha dicho».
Me encontré con este señor algunas semanas más tarde y le pregunté: «¿Qué ha pasado? Por lo visto usted ha podido disponer del tiempo necesario». Él me contestó: «Mi tren llegó con bastante retraso, de modo que sólo pude llegar al banco a las doce menos cuarto. Entré tranquilamente y les dije: "Vengo a solicitar un préstamo", y ellos accedieron en seguida, sin ponerme ninguna clase de objeciones».
En ese último cuarto de hora del que disponía para solucionarlo todo, el Espíritu Infinito no llegó retrasado. En este caso, este hombre no fue capaz de hacer por sí solo su propia demostración. Tenía que recibir una ayuda de alguien para mantener la visión perfecta. Esto es lo que podemos hacer los unos por los otros.
Jesucristo conocía muy bien esta verdad, y dijo: «Si dos de entre vosotros hicieren en la tierra cualquier petición, serán escuchados por mi Padre que está en los cielos». Solo, muy absorbido por sus propios problemas de negocios, se siente uno lleno de dudas y de miedos.
El amigo, el «sanador» ve claramente el éxito, la salud o la prosperidad y no desfallece, puesto que no hay motivo alguno para ello.
Es infinitamente más fácil hacer una «demostración» por los demás que por uno mismo. En consecuencia, no se debe dudar en pedir ayuda si se sintiera alguna debilidad.
Un atento observador de la vida dijo un día:
«Ningún hombre puede fracasar si una sola persona cree que obtendrá el éxito». Este es el verdadero poder de la visión y más de un hombre debe su éxito a una esposa, una hermana o un amigo que creía en él y que, sin dudarlo, ¡supo mantener la visión del modelo perfecto!

3. EL PODER DE LA PALABRA

«Por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado.»
Aquel que conoce el poder de la palabra presta mucha atención a su conversación. Vigila las reacciones causadas por sus palabras, pues sabe que ellas «no retornarán al mismo punto sin haber causado su efecto». Por su palabra, el hombre se crea a sí mismo leyes.
Conocí en cierta ocasión a una persona que me dijo: «Yo pierdo todos los días el autobús. Invariablemente, pasa en el momento en que estoy llegando». Su hija dice: «Yo llego a tiempo todos los días al autobús. Llega regularmente al mismo tiempo que yo». Y esto continuó del mismo modo durante años. Cada uno había establecido una ley para sí mismo, una de fracaso y la otra de éxito. Aquí encontramos una explicación psicológica de las supersticiones.
La herradura del caballo y el pelo del elefante no tienen por sí solos ningún poder, pero la palabra y la fe que afirman que traen buena suerte, crean un estado de optimismo dentro del subconsciente que atrae la «oportunidad». Sin embargo, observé que esto no tiene efecto en el caso de las personas más avanzadas espiritualmente, que conocen una ley más alta. Esto lo explica; no se puede volver hacia atrás y se deben desviar las «imágenes talladas».
Dos de mis alumnos tenían grandes éxitos en los negocios. Sin embargo, después de algunos meses, bruscamente, todo empezó a irles mal. Nos esforzamos entre todos por analizar la situación y descubrí entonces que en lugar de hacer sus afirmaciones y de remitirse a Dios para su éxito y su prosperidad, habían adquirido dos figuras de monos de la «buena suerte». «Ah —les dije entonces—, ahora lo comprendo todo. Ustedes depositan su fe en los monos y no en Dios. Libérense de esos monos y hagan un llamamiento a la ley del perdón.» Pues el hombre tiene el poder de perdonar, o sea de neutralizar sus propios errores.
Decidieron lanzar los monos a los cubos de basura y todo empezó a irles nuevamente bien. Esto no significa que debemos eliminar de casa todos los amuletos de la «buena suerte», sino que debemos reconocer que sólo hay un único poder, Dios, y que los objetos no sirven sino para transmitirnos un sentimiento de optimismo.
Un día, una amiga muy infeliz encontró una herradura de caballo al cruzar la calle. En seguida se puso muy contenta y abrigó esperanzas. Estaba segura de que Dios le había enviado esta herradura de caballo para aumentar su coraje.
Y de hecho, teniendo en cuenta el estado en que se encontraba, aquello fue lo único capaz de impresionar a su subconsciente. Su esperanza se transformó en fe y, por lo tanto, tuvo una maravillosa «demostración». Ya he señalado que los dos hombres citados anteriormente se fiaban solamente de sus monos, mientras que mi amiga había reconocido la fuerza superior.
Por mi parte, debo decir que tardé mucho tiempo en apartar la idea de que una cierta cosa me atraía siempre

consigo una desilusión. Si se presentaba, invariablemente, se producía una decepción inmediata. He comprendido que sólo hay un medio de cambiar mi subconsciente, afirmando: «No hay dos fuerzas, no hay más que una, Dios. En consecuencia, no habrá desilusión y esta cosa me anuncia una feliz sorpresa». En seguida verifiqué un cambio y los placeres inesperados.

Una de mis amigas declaró que nadie la haría pasar bajo una escalera. Yo le dije: «Si usted tiene miedo es porque cree en dos poderes, en el Bien y en el Mal. Pero Dios es absoluto, no puede haber una fuerza opuesta a menos que el hombre cree la falsedad y la maldad. Para demostrar que usted no cree más que en un único poder, Dios, y que no hay ni fuerza ni realidad en el mal, pase por debajo de la próxima escalera con la que se encuentre».

Poco tiempo después, mi amiga fue al banco.

Deseaba abrir su caja fuerte y una escalera se encontraba en el camino. Era imposible llegar a la caja sin pasar por debajo de la escalera. Espantada, mi amiga se apartó. Pero al llegar a la calle, mis palabras resonaron en sus oídos y decidió entonces pasar por debajo de aquella escalera. Eso representó para ella realizar un gran esfuerzo, después de tantos años de superstición durante los que había quedado como prisionera de esta idea. Regresó al interior del local donde se encontraban las cajas de seguridad y descubrió entonces que la escalera ya no estaba donde antes había estado. En ese momento se produjo lo siguiente: una vez que decidió poner punto final a una aprensión, el motivo quedó descartado.

Esta es la ley de la no resistencia, que se comprende muy poco.

Alguien ha dicho que el coraje contiene el genio y la magia. Haga frente sin miedo a una situación que parezca amenazadora y verá cómo deja de existir, cómo desaparece por sí sola. Eso es lo que explica que el miedo a encontrarse con la escalera fuera precisamente la causa de que ésta apareciera en su camino, mientras que el valor la hiciera desaparecer.

Así pues, las fuerzas invisibles trabajan constantemente por el hombre que «tira siempre de los hilos», sin saberlo ni siquiera él mismo. A causa de la fuerza vibratoria de las palabras, aquello que decimos es precisamente lo que atraemos. Las personas que hablan continuamente de enfermedad, invariablemente la atraen.

Cuando nos iniciamos a la verdad, no podemos vigilar demasiado las palabras. Por ejemplo, una de mis amigas me dice a menudo por teléfono: «Venga a verme para que podamos charlar un poco a la antigua usanza». Ese «charlar a la antigua usanza» representa una hora en la que se pronunciarán entre quinientas y mil palabras destructivas, durante la que los principales temas de conversación serán las pérdidas, las penurias, los fracasos y la enfermedad. Así que yo le contesté: «No, gracias, estas charlas son muy onerosas, y yo ya tengo suficiente de eso en mi vida. Estaré contenta de charlar a la manera nueva y de hablar sobre lo que queremos, en lugar de hacerlo sobre aquello que no queremos».

Un viejo refrán afirma que el hombre sólo utiliza la palabra para tres deseos: «curar, bendecir, o prosperar». Precisamente aquello que un hombre diga de los demás, eso mismo dirán de él, y aquello que él desee para los demás, eso mismo le desearán a él.

Si un hombre le desea «mala suerte» a otro, atraerá sobre sí esa misma mala suerte. Si desea ayudar a cualquiera a lograr un éxito, deseará su propio éxito y se ayudará a sí mismo.

Los cuerpos pueden ser renovados y transformados por la palabra y mediante una clara visión, y la enfermedad completamente apartada del consciente. La metafísica afirma que toda enfermedad tiene una correspondencia mental y que para curar el cuerpo es necesario curar antes el alma.

Es el subconsciente, el alma, lo que debe ser «salvado», y salvado precisamente de los pensamientos negativos.

En el Salmo XXIII leemos: «Él restaura mi alma». Esto quiere decir que el subconsciente, el alma, debe ser restaurada por medio de las ideas justas. El «matrimonio místico» se produce entre el alma y el espíritu, es decir, entre el subconsciente y el superconciente. Es necesario que ambos estén unidos. Cuando el subconsciente está lleno de las ideas perfectas del superconciente, Dios y el hombre no son más que uno. «Yo y mi Padre somos uno.» Es decir, que el hombre está unido en el plano de ideas perfectas; él está hecho a la imagen y semejanza (imaginación) de Dios, en el plano en el que son dados el poder y la dominación sobre todas las cosas creadas, sobre su espíritu, su cuerpo y sus negocios.

Se puede decir que toda enfermedad, toda desgracia provienen de la violación de la ley del amor. Yo os transmito un nuevo mandamiento: «Amaos los unos a los otros», pues dentro del Juego da la vida, el amor, es decir, la buena voluntad, gana en todos los niveles.

El hecho siguiente lo demostrará. Una persona que conozco había sufrido, durante muchos años, de una enfermedad terrible en la piel. Los médicos afirmaban que era incurable y ella estaba al borde de la desesperación. Esta señora era actriz, creía que se vería obligada a renunciar a su carrera, y no tenía otros ingresos. Sin embargo, se le ofreció entonces un contrato muy bueno y la noche de su primera actuación tuvo un gran éxito. La prensa le otorgó numerosas críticas halagüeñas y nuestra amiga, llena de alegría, estaba maravillada. No obstante, al día siguiente le rescindieron el contrato. Un artista, celoso de su éxito, obtuvo su anulación. Fue entonces cuando sintió cómo la amargura y el odio se apoderaban de su ser y exclamó en voz alta: «¡Oh, Dios mío, no me dejes odiar a ese hombre!». Aquella misma noche, trabajó durante horas «en silencio».

Más tarde, me dijo: «No tardé mucho en entrar en un silencio muy profundo. Me parece que ahora me encuentro

en paz conmigo misma, con aquel hombre y con el mundo entero. Continué trabajando así durante las dos noches siguientes y al tercer día me di cuenta de que mi enfermedad de la piel, ¡estaba completamente curada!».
Al pedir la expresión del amor, de la buena voluntad, había cumplido la ley (pues el amor es el cumplimiento de la ley), y la enfermedad (que provenía de un resentimiento anclado en el subconsciente) desapareció.
La crítica continua produce los reumatismos pues los pensamientos sin armonía forman en la sangre depósitos ácidos que se sitúan en las articulaciones. Los tumores tienen por causa los celos, el odio, el rechazo a perdonar las ofensas, el miedo, etc. Cada enfermedad o molestia está creada por un estado de espíritu.
Yo les dije un día a mis alumnos: «No se trata de preguntar a alguien "¿qué tiene?", sino "¿contra quién está usted?"». La negativa a perdonar las ofensas es la causa más frecuente de la enfermedad. Las consecuencias de todo ello son la esclerosis de las arterias y del hígado, así como las enfermedades en los ojos. Esa negativa se ve acompañada por males sin fin.
Un día, visité a una señora que me dijo que estaba enferma por haber comido una ostra en malas condiciones. «No —contesté—, la ostra era inofensiva. Es usted quien ha envenenado la ostra. ¿Contra quién está usted?» Ella me respondió: «¡Oh! Contra diecinueve personas aproximadamente». Se había peleado con diecinueve personas y se había vuelto irritable ¡atrayendo hacia sí misma a la ostra dañina!
Toda falta de armonía exterior indica una discordancia mental. «El exterior se parece al interior.» Los únicos enemigos del hombre están en sí mismo. «Los enemigos del hombre estarán en su interior». La personalidad es uno de los últimos enemigos que debemos superar pues este planeta está recibiendo su iniciación al amor. Acordémonos del mensaje de Jesús: «Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad». El hombre sabio intenta perfeccionarse sirviendo a su prójimo. Trabaja sobre sí mismo, aprende a enviar a cada uno bendiciones y pensamientos de buena voluntad, y lo más maravilloso es que cuando se bendice a un ser, éste pierde todo el poder para perjudicarnos.
Un hombre vino a pedirme un «tratamiento» para tener éxito en los negocios. Vendía máquinas y la competencia había afirmado poseer una máquina superior: mi amigo pensaba que fracasaría. Yo le dije: «En primer lugar necesitamos limpiar todas sus dudas. Necesita usted saber que Dios protege sus intereses y que la idea divina debe surgir de esta situación. Es decir, que la máquina que conviene será vendida a aquel que tenga necesidad». Y añadí: «No abrigue un solo pensamiento de crítica acerca de este hombre. Bendígale durante toda la jornada y esté preparado para no vender su máquina si esa es la idea divina».
Entonces fue a ver a su cliente, sin el menor resentimiento, sin resistencia alguna, bendiciendo incluso a su competidor. Más tarde, me contó que el resultado fue bastante notable, la máquina del competidor se negó a funcionar y el hombre que había venido a consultarme vendió la suya sin la menor dificultad.
«Pero, yo os digo, amad a vuestros enemigos, bendecid a aquellos que os maldicen, haced el bien a aquellos que os odian y rogad por aquellos que os maltratan y que os persiguen.»
La buena voluntad produce una gran aura de protección hacia aquellos que la cultivan y «toda arma forjada contra ellos no tendrá efecto». En otros términos, el amor y la buena voluntad destruyen a los enemigos que están en contra nuestra y, en consecuencia, ¡no tenemos enemigos en el exterior!
«La paz reina en la tierra sobre aquellos que envían pensamientos de buena voluntad a los hombres. »

4. LA LEY DE LA NO RESISTENCIA

«No se resista al mal. No se deje conmover por el mal, pero trate de superar el mal por medio del bien.»
Nada en el mundo podrá oponerse con efectividad a una persona que sea absolutamente no resistente.
Los chinos dicen que el agua es el elemento más fuerte pues es perfectamente no resistente. El agua puede perforar a la roca y barrer todo lo que hay por delante de ella.
Jesucristo dijo: «No os resistáis al mal», pues Él sabe que no existe en realidad el mal y, en consecuencia, no hay ninguna razón para resistirse. El mal surge de «vana imaginación» del hombre, es decir de la creencia en dos poderes: el del bien y el del mal.
Según una vieja leyenda, Adán y Eva comieron la fruta «del árbol Maya de la ilusión» y distinguieron de ese modo dos poderes en lugar de un único poder: Dios.
Por consiguiente, el mal es una ley falsa que el hombre ha elaborado a causa de un psychome, o sueño del alma, lo que significa que el hombre está hipnotizado por la creencia en el pecado, en la enfermedad, en la muerte, etc., por el pensamiento carnal, y que sus negocios y su cuerpo adquirieron la forma de sus ilusiones.
Hemos visto en el capítulo anterior que el alma es el subconsciente y que todo lo que el hombre siente profundamente, en bien o en mal, es reproducido por su fiel servidor. Su cuerpo y sus negocios representan lo que había imaginado. El enfermo imaginó la enfermedad; el pobre la pobreza; el rico la riqueza.
La gente me pregunta: «¿Cómo es posible que un niño pequeño pueda atraer la enfermedad, ya que es demasiado joven para saber él mismo su significado?».
Contesté que los niños son sensibles y receptivos a los pensamientos de quienes los rodean y que a menudo no hacen otra cosa que exteriorizar las creencias de sus propios padres.
Escuché un día a un metafísico afirmar: «Si usted mismo no es capaz de dirigir su propio subconsciente, cualquier otro se encargará de hacerlo por usted».

Las madres atraen inconscientemente sobre sus hijos la enfermedad y los desastres, terminándolos continuamente y mirando sus síntomas.
Una de mis amigas, por ejemplo, preguntó a una madre si su hijita había tenido rubéola. Respondió en seguida: «¡Todavía no!». Esto implica que esperaba esta enfermedad, con lo que de ese modo preparaba precisamente aquello que no quería para ella ni para su hija.
Sin embargo, aquel que está centrado y establecido en la verdad, aquel que no tiene más que pensamientos de buena voluntad hacia el prójimo y que no experimenta temor alguno, no puede ser alcanzado, ni verse influido por los pensamientos negativos de otros. Al emitir siempre buenos pensamientos, sólo recibe buenos a cambio.
La resistencia es el Infierno, pues sitúa al hombre en un «estado de tormento».
Un metafísico me dio un día una maravillosa receta para asegurarme todos los premios del juego de la vida: es el colmo de la no resistencia. Ese hombre me dijo: «Hubo un tiempo en el que bautizábamos a los niños y, por supuesto, les dábamos varios nombres. Hoy en día ya no acostumbramos a bautizar más a los niños, pero bautizamos los acontecimientos y le damos a cada uno el mismo nombre. Si estoy en presencia de un fracaso, ¡lo bautizo como Éxito en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo!».
Vemos así la actuación de la gran ley de la transformación, fundada por la no resistencia. A través de su palabra este hombre transformó en éxito todos sus fracasos.
¿Querrá usted otro ejemplo? Una señora que necesitaba dinero y que conocía la ley espiritual de la opulencia, se veía obligada a encontrar a un hombre en sus negocios cuya presencia le transmitía un sentimiento de pobreza. Él hablaba de penurias, de límites; ella se dedicaba a percibir sus pensamientos de mediocridad, sentía aversión hacia él, y le acusaba de ser la causa de sus fracasos. Sin embargo, ella sabía que para demostrar sus recursos divinos, él necesitaba en principio tener el sentimiento de haber recibido. El sentimiento de opulencia debe preceder al de su manifestación.
Un día, bruscamente, se dio cuenta de que ella «persistía» en distinguir dos poderes en lugar de uno solo. Se apresuró a bendecir al hombre en cuestión y bautizó la situación como un «Éxito». Luego afirmó: «Ya que no hay más que una sola fuerza, Dios, este hombre está aquí para mi bien y mi prosperidad» (precisamente lo que le parecía que no se había producido).
Poco después y por intermediación de ese hombre, ella encontró a una persona que, a cambio de un servicio prestado, le entregó una gran suma de dinero. En cuanto al hombre en cuestión, se fue hacia un pueblo alejado y se apartó de repente de su vida. La mujer afirmó: «Todo hombre es un medallón de oro dentro de la cadena de mi bien», pues todo hombre es una manifestación de Dios, que espera la ocasión, dada por él mismo, de servir al plan divino referente a su vida.
«Bendecid a vuestro enemigo, y desviaréis sus flechas», que se verán transformadas en bendiciones.
Esta ley es tan verdadera para las naciones como para los individuos. Bendecid una nación, enviadle pensamientos de amor y de buena voluntad a cada uno de sus habitantes y ya no podrá perjudicaros más.
No es más que por entendimiento espiritual que el hombre puede comprender la no resistencia. Mis alumnos me dicen a menudo: «No queremos ser como alfombras». Les respondo: «Cuando sirváis con la sabiduría de la no resistencia, nadie podrá pisotearos».
Y he aquí otro ejemplo: un día esperaba impacientemente una importante llamada telefónica. Me resistía a todas las llamadas que entraban y no llamé a nadie por el temor de no recibir la que yo esperaba.
En lugar de declarar: «Las ideas divinas no entran nunca en conflicto, así que esta comunicación llegará a su debido tiempo», y dejar el tema al cuidado de la Inteligencia Infinita, comenzaba a dirigir yo misma las operaciones, es decir, me dedicaba a librar mi propia batalla, cuando ésta, en realidad, pertenecía a Dios («la batalla está en el Eterno»). Me sentía tensa y ansiosa. Durante una hora no se escuchó el sonido del teléfono. Entonces me di cuenta de que estaba descolgado y que no había línea. Mi ansiedad, mi temor y mi fe en el desorden habían tenido como resultado un colapso total del teléfono. Comprendiendo mi error, me puse inmediatamente a bendecir la situación y a bautizarla como «Éxito», afirmando: «No puedo perder ninguna comunicación que me pertenezca por derecho divino; estoy dirigida por la gracia de Dios, y no por la ley». ,
Una amiga se precipitó hacia el teléfono más cercano para pedir a la compañía que restableciera la comunicación. Entró en una tienda llena de gente, y el comerciante dejó a sus clientes e hizo él mismo la reclamación. Mi teléfono fue «arreglado» y apenas dos minutos más tarde recibí una llamada muy importante, seguida, una hora después, por la que yo esperaba.
Nuestras naves vuelven a través de una mar en calma (alusión a un célebre dicho inglés).
En la medida en que un hombre se resista a una situación, la mantendrá. Si huye de ella, ésta le perseguirá.
Un día, yo le comentaba esto a una amiga que me respondió: «¡Ah, cuánta verdad hay en tus palabras! Yo no era feliz en mi casa cuando era joven, no quería a mi madre, que tenía un espíritu crítico y autoritario; entonces me fui de casa para casarme, pero sustituí a mi madre por mi marido, que es exactamente igual que ella y, por lo tanto, me he encontrado con la misma situación».
Reconcíliate rápidamente con tu adversario. Lo que quiere decir: «Conviene que la situación es buena; no estés turbada y desaparecerá por sí misma». «Ninguna de esas cosas me afectan.» Ésta es una afirmación excelente.
Una situación discordante proviene de un estado discordante en casa de quien la sufre. Cuando no haya en nosotros mismos nada que se haga eco de esa discordancia, ésta desaparecerá para siempre de nuestra vida.

Vemos, pues, que hemos de trabajar sobre todo en nosotros mismos.
La gente me pide: «Rogad para que mi marido o mi hermano cambie». Yo les respondo: «No, voy a "rezar" para que cambies tú, porque cuando tú cambies, tu marido y tu hermano cambiarán también».
Una de mis alumnas tenía la mala costumbre de mentir. Le advertí que este método la llevaría al fracaso y que, si mentía, también le mentirían a ella, a lo que me contestó: «Es igual, no puedo impedirlo».
Un día hablaba por teléfono con un hombre del que se sentía bastante enamorada. Una vez terminada la conversación, se volvió hacia mí y me dijo: «No creo nada de lo que me dice; estoy convencida de que me está mintiendo». Yo le respondí: «Pues bien, ya que tú mientes, alguien te mentirá también y estáte persuadida de que aquél que te miente es aquel a quien desearías escuchar la verdad».
Algún tiempo después esa misma alumna me comunicó: «Ya estoy curada de la mentira». «¿Qué es lo que te ha curado?», le pregunté. «Acabo de vivir con una señora que ¡mentía más que yo!», fue su respuesta.
Con frecuencia nos curamos de nuestros propios defectos observándolos en los demás.
La vida es un espejo y no vemos prójimo más que en nuestro propio reflejo.
Vivir en el pasado es nefasto y es también una violación de la ley espiritual.
Jesucristo dijo: «Es ahora el tiempo propicio, el día de la Redención ha llegado».
Como sabemos, la mujer de Lot fue transformada en una estatua de sal por haberse dado la vuelta para mirar cuando se le había ordenado que no lo hiciera.
El pasado y el futuro son los ladrones del tiempo. Conviene bendecir el pasado y olvidarlo; bendecir el futuro, con la certidumbre de las alegrías sin fin que nos traerá y vivir plenamente en el momento presente.
Escuchad esto: una señora se me quejaba de que no tenía dinero para comprar los regalos de Navidad. «El año pasado todo fue diferente: tenía mucho dinero y había hecho buenos regalos, pero este año no tengo más que deudas».
«Nunca podrá hacer usted una demostración pecuniaria mientras no se apiade de sí misma y mientras viva en el pasado. Viva plenamente el momento presente y prepárese para ofrecer regalos de Navidad. Excave sus propios pozos y el dinero aparecerá». «Ya sé lo que voy a hacer —exclamó ella—.
Voy a comprar un bonito papel y un lazo plateado para envolver mis regalos» «Hágalo así —le dije—, y los regalos vendrán a colocarse en sus propios envoltorios».
Así pues, esta vez todavía había pruebas de coraje y de fe en Dios, ya que la razón aconsejaba: «Que los reservase, porque seguramente no los recibiría otro».
Mi consultante hizo exactamente lo que había dicho que haría, y algunos días antes de Navidad recibió un presente muy generoso. La adquisición del papel de regalo y de la cinta había impresionado de tal modo al subconsciente y le había ofrecido tales expectativas, que éste había abierto el camino a la manifestación del dinero. Mi amiga todavía dispuso del tiempo necesario para comprar sus regalos de Navidad.
Vivir el momento presente es esencial.
«¡Vive plenamente este día! Ese es el saludo de la aurora.»
Un día yo repetía sin parar (silenciosamente): «Espíritu Infinito, no permitas que me falle la suerte», y algo muy importante me fue revelado esa misma noche. Es muy necesario comenzar el día con las palabras de la verdad.
Desde el despertar, haga una afirmación.
Por ejemplo: «¡Que tu voluntad sea hecha hoy! Hoy es un día de realizaciones; doy gracias por este día tan perfecto, en el que los milagros se sucederán y los prodigios no pararán».
Convierta esto en una costumbre y usted mismo verá realizarse los milagros, y los prodigios se desarrollarán en su vida.
Una buena mañana abrí un libro y leí: «¡Observa con admiración a aquel que está delante de ti!». Me pareció que era mi mensaje del día, y repetí sin parar «¡Observa con admiración a aquel que está delante de ti!». A las doce en punto, recibí una gran suma de dinero que estaba deseando para un objetivo concreto.
En el próximo capítulo indicaré las afirmaciones que nos dan los mejores resultados. Sin embargo, no debemos hacer uso jamás de una afirmación a menos que ésta deje plenamente satisfecha nuestra conciencia y que nos parezca absolutamente convincente; frecuentemente, una afirmación se verá cambiada para convenir a ciertas personas.
La afirmación siguiente ha proporcionado éxito a mucha gente:
«Tengo un trabajo maravilloso, divinamente dado, sirvo lo mejor que puedo y estoy muy bien pagado.»
Ofrecí los dos primeros versos a uno mis alumnos y él añadió los dos últimos.
Eso constituye una afirmación muy poderosa, pues todos los días tenemos que encontrar un pago perfecto por un servicio perfecto. Por otra parte, resulta fácil hacer penetrar los versos en el subconsciente. Mi alumno se puso a cantarlos mientras trabajaba y poco tiempo después la afirmación se transformaba en realidad.
Otro de mis alumnos, un hombre de negocios, resolvió sustituir su «trabajo» por «negocio». Al día siguiente, encontró y realizó un negocio de los más brillantes, a pesar de que llevaba varios meses inactivo.
Cada afirmación debe ser esmeradamente hecha y debe expresar todo aquello que sea necesario. Conozco a una persona que necesitaba buscar trabajo. Encontraba muchos pero en ninguno de ellos se le pagaba bien. Pensaba añadir a sus pensamientos: «Sirvo lo mejor que puedo y se me paga muy bien por ello».
¡La abundancia es un derecho divino del hombre! ¡Tiene derecho a la superabundancia!

«¡Sus graneros deben estar llenos, y su copa a punto de rebosar!» Ahí encontramos la idea de Dios para el hombre, y eso es lo que hará que se rompan las barreras de la penuria formadas en la propia conciencia. La Edad de Oro relucirá para él y ¡cada uno de sus deseos legítimos se verá realizado!

5. LA LEY DEL KARMA Y LA LEY DEL PERDÓN

El hombre no recibe más de lo que dé. El Juego de la Vida es un juego parecido al lanzamiento de un boomerang. Aquello mismo que un hombre piensa, sus acciones y sus palabras termina por manifestarse, tarde o temprano, con una precisión que es realmente asombrosa.

Aquí nos encontramos con la ley universal del karma, que significa en sánscrito «retorno». «Todo aquello que un hombre siembra, eso mismo cosechará.»

Una de mis amigas me contó la historia siguiente, que ilustra perfectamente esta ley: «Una de mis tías me ayudó sin darse cuenta de lo que hacía a liberarme de mi karma personal; aquello mismo que yo decía, otro me lo repetía. Yo estaba a menudo irritada en casa y, un día, le dije a mi tía que hablaba durante la cena: "Deja de hablar, deseo comer en paz".

»Al día siguiente, desayunaba con una señora a la que quería causar una buena impresión. Yo hablaba con animación, hasta que ella me dijo: "Deja ya de hablar, ¡deseo comer en paz!".»

Mi amiga se encuentra en un nivel elevado de conciencia; por lo tanto, su karma actúa más rápidamente que el de una persona que está todavía sobre el plano mental.

Cuanto más sabemos, más son las responsabilidades que nos vemos obligados a asumir. Aquel que conoce la Ley Espiritual y no la practica, sufre mucho las consecuencias. «El temor al Señor (la Ley) es el comienzo de la sabiduría.» Si comprendemos que la palabra del Señor significa «Ley», muchos pasajes de la Biblia se volverán más claros.

«La venganza es mía, para mí la retribución», dijo el Señor (la Ley). Ésta es la Ley que venga, no Dios. Dios ve al hombre perfecto «creado a su propia imagen» (imaginación) y dotado «de los poderes de la dominación».

Ahí está, pues, la idea perfecta del hombre, tal como se halla registrada en el Entendimiento Divino, esperando que el hombre la reconozca, pues él no puede ser más que aquello que quiere ser y no puede alcanzar lo que quiere alcanzar.

Observamos nuestro éxito o nuestro fracaso, nuestra alegría o nuestra tristeza, antes de que éstas surjan de las escenas que están en nuestra imaginación. Hemos observado este hecho en la madre que imagina la enfermedad de su hijo, o la mujer que «quiere» el éxito de su marido.

Jesucristo dijo: «Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres».

Así que constatamos que la libertad (que nos libera de condiciones desgraciadas) procede del conocimiento, el conocimiento de la Ley Espiritual.

La obediencia precede a la autoridad y la ley obedece a aquel que obedece a la ley. La ley de la electricidad tuvo que haber sido padecida antes de que pudiera servir al hombre. Aquel que la emplea con ignorancia, puede estar delante de un enemigo mortal. Así en ella está la ley del Espíritu.

Una señora que poseía una gran fuerza de voluntad deseaba llegar a ser la propietaria de una casa perteneciente a uno de sus familiares y se formaba con bastante frecuencia imágenes mentales en las que se veía a sí misma viviendo en aquella casa. Después de cierto tiempo, el propietario murió y ella heredó la casa.

Muchos años más tarde, antes de que llegara a conocer la Ley Espiritual, esta mujer me preguntó un día: «¿Cree usted que yo haya tenido algo que ver con la muerte de este hombre?».

«Sí —le respondí—. Su deseo era tan fuerte que lo barrió todo, pero usted ya ha pagado ese karma. Su marido, al que usted amaba muchísimo, murió poco después, y esta casa se transformó para usted en una especie de "caballo en la cuadra" durante muchos años.»

Sin embargo, ni el primer propietario de esta casa, ni el marido de la mujer habrían podido verse afectados por su pensamiento si hubieran estado firmemente anclados en la Verdad. Pero lo cierto es que ambos se encontraban bajo los efectos de la ley kármica. Esta señora, al sentir hasta qué punto deseaba aquella casa, debería haber dicho: «Inteligencia Infinita, dame la casa que me conviene, que sea tan encantadora como ésta, la casa que es mía por derecho divino».

La elección divina le habría ofrecido una satisfacción perfecta y habría aportado a cada uno su propio bien. El modelo divino es el único con el que se puede trabajar con la más completa de las seguridades.

El deseo es una fuerza formidable. Debe ser canalizado convenientemente, sino irá inmediatamente seguido por el caos.

El hombre no debe pedir nunca más que aquello que le pertenece por derecho divino.

Volviendo a nuestro ejemplo anterior: si la señora en cuestión hubiera tenido la costumbre mental de decir: «Si esta casa que deseo es mía, no la puedo perder; si no me pertenece, dame, Señor, su equivalente», el propietario quizás habría encontrado una solución armoniosa (si eso hubiera estado en la elección divina) o bien otra casa habría sustituido a la primera. Todo aquello cuya manifestación se ve forzada por la voluntad personal será siempre una «mala adquisición»; por lo tanto, siempre conducirá al fracaso.

El hombre ha recibido esta afirmación: «Que se haga Mi voluntad, y no la tuya». Y, cosa bien curiosa, el hombre siempre obtiene aquello que desea cuando renuncia a su voluntad personal, permitiendo así que la Inteligencia Infinita pueda actuar a través de él.
«Quédate tranquilo y espera en silencio la liberación del Señor» (la Ley).
En otra ocasión, una señora vino a verme presa de una gran angustia.
Se sentía realmente muy angustiada después de saber que su hija había decidido hacer un viaje que a ella le parecía muy arriesgado.
Según me dijo, había utilizado todos los argumentos posibles, enumerando los peligros que asumía al emprender este viaje, pero su hija no la quiso escuchar y decidió partir.
Le dije a esta madre: «Usted impone su voluntad personal a su hija, y no tiene el derecho; además, su miedo no hace sino atraer este viaje, pues el hombre atrae a sí mismo aquello que teme». Y añadí: «Relájese, retire su influencia mental, remítala a las manos de Dios, y sírvase de esta afirmación: "Dejo esta situación en manos del Amor Infinito y Sagrado; si este viaje está previsto en el Plan Divino, yo lo bendigo y no me resisto más, pero si no está divinamente determinado, doy gracias porque no se produzca"».
Uno o dos días más tarde, su hija le anunció: «Madre, renuncio a mi viaje», y la situación retornó a su «posición original».
Aprender «a mantener la calma» es algo que parece difícil al hombre. Volveré a tratar más detalladamente esta ley en el capítulo dedicado a la no resistencia.
Daré ahora otro ejemplo de la manera en que cosechamos aquello mismo que sembramos.
Una persona me dijo que le habían dado en el banco un billete falso. Se sentía bastante molesta por ello. «El banco jamás reconocerá su error», se lamentaba. Yo le respondí: «Analicemos la situación y busquemos el motivo que atrajo ese billete hacia usted». Ella reflexionó un momento, y dijo: «Ya sé, envié una moneda falsa a un amigo para gastarle una broma». Así pues, la ley le ha enviado a ella el billete falso, pues la ley no comprende las bromas.
Yo le dije entonces: «Debemos apelar a la ley del perdón y neutralizar esta situación».
El cristianismo se fundamenta sobre la ley del perdón. Cristo nos ha redimido de la maldición de la ley kármica, y Cristo en cada hombre es su propio Redentor y su propio Salvador en toda condición discordante.
Así pues, le dije: «Espíritu Infinito, nosotros hacemos una llamada a la ley del perdón y te damos gracias por aquella (la señora) que está bajo la protección de la gracia y no bajo el peso de la ley, y que no puede perder este dinero que le pertenece por derecho divino».
«Y ahora —añadí después—, vaya al banco y diga, sin miedo alguno, que el billete que ellos le dieron por error era falso.» La mujer obedeció y, ante su enorme sorpresa, el personal del banco le pidió disculpas, y le cambiaron su billete con mucha cortesía.
Así pues, el conocimiento de la ley da al hombre el poder de deshacer sus errores. El hombre no puede forzar el ambiente exterior para que sea lo que ni siquiera es él mismo.
Si desea riquezas, debe estar lleno de riquezas en su conciencia.
Un día, una señora vino a solicitarme un tratamiento para la prosperidad. Ella se interesaba bien poco por su interior, que estaba en el más completo desorden.
Yo le dije: «Si usted quiere ser rica, es necesario que antes se ordene a sí misma. Todos aquellos que poseen grandes fortunas son ordenados, y el orden es la primera ley del cielo». Después añadí: «Mientras que el orden no reine en usted misma, la riqueza huirá de usted».
Inmediatamente, esta mujer empezó a arreglar su casa, dispuso los muebles de forma diferente, organizó los cajones, limpió las alfombras, y de ese modo no tardó mucho en alcanzar una importante retribución pecuniaria, en forma de un presente que le hizo un familiar. Cambió y dirigió sus negocios pecuniarios vigilando su entorno, y, ahora, todo se dirige hacia la prosperidad, subiendo que Dios es su fuente.
Muchas personas ignoran que dar es invertir, y que atesorar, ahorrar en exceso, conduce invariablemente a experimentar pérdidas.
«Aquel que da con liberalidad será más rico que aquel que ahorra en exceso, pues éste no hace más que empobrecerse.»
He aquí la historia de un señor que deseaba comprarse un abrigo de piel. Acompañado por su señora, se dedicó a visitar numerosas tiendas, pero no pudo encontrar lo que buscaba. Todos los abrigos que le presentaban le parecían de aspecto mediocre. Finalmente, encontró uno que valía mil dólares, pero el dueño de la tienda dio su autorización para que le redujeran el precio a quinientos dólares, al considerar que la temporada ya estaba bastante avanzada.
El hombre poseía alrededor de setecientos dólares. La razón le aconsejaba: «No debes gastarte casi todo lo que posees en comprar un abrigo». Pero el hombre, que era muy intuitivo, no razonaba jamás. Miró a mujer, y le dijo: «Sí, vamos a comprar este abrigo, y voy a hacer un gran negocio». Ella consintió, aunque sin gran entusiasmo.
Alrededor de un mes más tarde, el hombre recibió un pedido por valor de diez mil dólares. El abrigo le había dado una tal conciencia de la prosperidad que él la había atraído; sin este abrigo, no habría podido realizar este importante negocio. Fue una inversión que le permitió obtener grandes ingresos.
Si el hombre no hubiera escuchado sus intuiciones, que le decían que debía gastar o dar, esa misma suma de

dinero se la habría gastado de todos modos sin obtener beneficio alguno, o de una manera inadecuada.
Una señora me contó que en el día de Acción de Gracias había informado a su familia de que ofrecería la cena tradicional. Tenía el dinero necesario, pero decidió ahorrar.
Algunos días más tarde, un ladrón entró a hurtadillas en su habitación y le robó el montante exacto de la cena.
La ley sostiene siempre a aquel que gasta sin miedo y con sabiduría.
Ocurrió en cierta ocasión que una de mis alumnas salió de compras acompañada por su pequeña sobrina. La niña quería un juguete, pero su tía le dijo que no podía permitirse comprarlo en aquellos momentos.
De repente, se dio cuenta de que estaba cediendo a la idea de la pobreza, en lugar de remitirse a Dios, ¡a su providencia!
Así pues, compró el juguete, y cuando regresó a su casa se encontró en la calle la cantidad exacta que había pagado poco antes.
Nuestros recursos son infinitos e infalibles cuando nuestra confianza es absoluta, pero la confianza y la fe deben preceder a la demostración. «Que sea hecho según tu fe». «La fe es la sustancia de las cosas que esperamos, la evidencia de las cosas que no vemos», pues la fe mantiene la visión estable, las imágenes adversas se disipan y «en el tiempo requerido, nosotros cosecharemos, si no vacilamos».
Jesucristo nos ofreció la buena nueva (el Evangelio) que enseña una ley más elevada que la ley del karma. Es la ley de la gracia, o perdón. Esta ley libera el hombre de la ley de la causa y el efecto, de la ley de las consecuencias. «Por la gracia y no por la ley».
Se nos dice que cosecharemos lo que hayamos sembrado; los dones de Dios se derraman sin parar sobre nosotros. «Todo aquello que posee el Reino está en él.» Este estado de bendición continuo espera a aquel que ha logrado superar el entendimiento y el pensamiento mortales.
Las tribulaciones existen en la comprensión mortal, pero Jesucristo dijo: «Ten valor, yo he vencido al mundo».
El pensamiento carnal se corresponde con el pensamiento del pecado, de la enfermedad y de la muerte. Jesús comprendió su irrealidad absoluta y afirmó que enfermedad y tristeza pasarán y que hasta la propia muerte, su último enemigo, será vencida.
Hoy, desde el punto de vista científico, sabemos que la muerte puede ser vencida al imprimir en el subconsciente la convicción de la juventud eterna y de la vida eterna.
El subconsciente, es la fuerza sin dirección, ejecuta sin discutir las órdenes que recibe.
Al trabajar bajo la dirección del superconciente (el Cristo o Dios en el hombre) se alcanzará la «resurrección del cuerpo».
El hombre no rechazará más su cuerpo en la muerte, sino que se transformará en un «cuerpo eléctrico» como cantó el poeta Walt Whitman, pues el cristianismo está fundamentado sobre el perdón de los pecados y sobre «un sepulcro vacío».

6. ENTREGAR LA CARGA (IMPRESIONAR EL SUBCONSCIENTE)

Cuando el hombre llega a conocer su propio poder y el proceso de su mente, su mayor deseo consiste en encontrar el medio más fácil y rápido que le permita impresionar su subconsciente a través de la idea del bien, ya que un conocimiento intelectual de la verdad no da resultados.
En cuanto a mí, encuentro que el medio más fácil es el de «entregar la carga».
Un metafísico explicaba en otros tiempos lo siguiente con referencia a este tema: «Lo que da peso dentro de la naturaleza, sea esto lo que fuere, es la ley de la gravitación. Si pudiéramos transportar una gran masa rocosa a una altura suficiente, más allá del planeta, habría dejado de tener peso».
Eso era precisamente lo que Jesucristo entendía cuando decía: «Mi yugo es suave y mi carga ligera».
Había sobrepasado la vibración del mundo y se movía en la cuarta dimensión, donde todo es perfección, realización, vida y alegría.
Él dijo: «Venid a mí, vosotros que padecéis y que tenéis problemas, y yo os daré el reposo». Y añadió: «Tomad mi yugo, pues mi yugo es suave y mi carga ligera».
Lo leemos de esta forma, en el Salmo LV: «Que recaiga tu peso sobre el Señor». Numerosos pasajes de la Biblia proclaman que la batalla es la batalla de Dios, y en modo alguno la del hombre y que éste deberá «mantenerse siempre tranquilo» y esperar la liberación del Señor.
Esto indica con toda claridad que es en el superconciente (Cristo en nosotros) donde se libra la batalla para que el hombre se vea aliviado de sus cargas.
Vemos pues, que éste viola la ley llevando su carga, pues esa carga no es más que un pensamiento, o un estado adverso y ese pensamiento, ese estado, encuentra sus verdaderas raíces en el subconsciente.
Parece casi imposible llegar a dirigir el subconsciente por la conciencia, es decir, por el razonamiento, pues la razón (el intelecto) se ve muy limitada por sus concepciones y está repleta de dudas y miedos.
La actitud científica consiste en colocar la carga sobre el superconciente (Cristo en nosotros) donde «se convierte en la luz», o bien terminar por desvanecerse para regresar a «su nada original». Una persona que tenía una urgente necesidad de dinero hizo esta afirmación: «Yo entrego esta carga a Cristo que está en mí, y de ese modo voy al encuentro de la riqueza.»

Su carga era un estado de miedo y de pobreza, y aquel que la entrega a Cristo, el superconciente, inunda el subconsciente de fe y riqueza y esto tiene como resultado una gran prosperidad.
Leemos en las Escrituras: «Cristo nos llena de la esperanza de la gloria».
Pues bien, preste atención a lo siguiente: en cierta ocasión, alguien ofreció un piano a una de mis alumnas. Ella no disponía de ningún lugar adecuado para instalarlo en su pequeño estudio, a menos que tirase el viejo piano que ya poseía. Se sentía totalmente desconcertada ante la situación, ya que por un lado deseaba conservar el viejo piano al que había tomado cariño, pero por el otro lado no sabía cómo hacerlo. Estaba realmente muy agitada pues el piano nuevo se lo iban a entregar casi inmediatamente. Entonces, repitió para sí misma: «Yo entrego esta carga a Cristo en mí, y habrá un espacio libre».
Apenas unos momentos más tarde de decirse esto, un amigo le preguntó por teléfono si querría alquilarle su piano antiguo. Se lo envió apenas poco antes de que llegara a casa de mi alumna el piano nuevo.
En cierta ocasión, conocí a una señora que llevaba sobre sí una carga de resentimiento. Esta mujer decía: «Entrego esta carga de resentimiento a Cristo que está en mí, y avanzo llena de amor, placer y felicidad».
El todopoderoso superconciente inundó el subconsciente de amor y a partir de entonces toda su vida se vio completamente transformada por ello. Durante años, este resentimiento la había mantenido en un estado de angustia que le tenía aprisionada el alma (el subconsciente).
Estas afirmaciones deben ser repetidas continuamente, durante horas, ya sea silenciosamente o en voz alta, con tranquilidad y determinación. Yo lo comparo con el acto de impresionar una placa fotográfica. Él debe «impresionarnos» con la palabra de la verdad.
Me he dado cuenta de que después de un cierto tiempo de haber «entregado la carga»; nuestra visión se aclara. Es imposible tener una visión clara allí donde sólo se debaten las angustias del entendimiento carnal.
Las dudas y el miedo no hacen sino envenenar el espíritu y el cuerpo; entonces, la imaginación se desencadena y se provoca de ese modo el desastre y la enfermedad.
Gracias a la repetición constante de la afirmación: «Yo entrego esta carga a Cristo que está en mí, y avanzo libremente», la visión se transforma y, al mismo tiempo, aparece un sentimiento de alivio que, tarde o temprano, sirve para producir la manifestación del bien, que es la salud, la felicidad o la prosperidad.
Una de mis alumnas me preguntó un día la explicación de por qué «la oscuridad es más intensa en el preciso momento en que se hace la luz». En un capítulo precedente, ya he aludido al hecho de que, en el momento en que se produce una demostración importante, «todo parece que va mal» y la conciencia queda como oscurecida por un estado de depresión.
Esto significa que las dudas y los miedos ancestrales se despiertan desde el fondo del subconsciente, y entonces conviene exterminarlos.
Es entonces cuando el hombre debe hacer sonar con fuerza sus címbalos, como Josué, y dar gracias por haber sido salvado, incluso en el caso de que parezca hallarse rodeado de enemigos (la penuria o la enfermedad). Mi alumna me preguntó todavía: «¿Cuánto tiempo nos quedaremos en la oscuridad?». Yo le respondí: «Hasta que se pueda ver en la oscuridad, o bien hasta que entreguemos la carga que nos ha tocado sobrellevar».
Para impresionar el subconsciente, siempre es siempre esencial tener una fe activa.
«La fe, sin obras, está muerta.» Esto es lo que me esfuerzo por demostrar en estos capítulos que acabo de escribir.
Jesucristo dio una prueba de fe activa «ordenando a una muchedumbre sentarse» antes de dar las gracias por los panes y los peces.
Voy a dar otro buen ejemplo para demostrar la necesidad de esa fe. De hecho, la fe activa es un punto sobre el cual el hombre pasa para tener acceso a su Tierra Prometida.
Debido a un malentendido, una mujer se separó de su marido al que amaba mucho. El rechazó todos los intentos de reconciliación de la mujer y se negó a hablar con ella de ninguna manera.
Al conocer la ley espiritual, esta mujer negó la apariencia de esta separación y afirmó: «No hay un punto de separación en el Entendimiento Divino y, por consiguiente, yo no estoy separada del amor y de la compañía de quien me pertenece por derecho divino».
Ponía cada día los cubiertos de su marido en la mesa, como demostración irrevocable de un fe activa, imprimiendo así, sobre el subconsciente, la imagen de su retorno. Transcurrió más de un año, y ella continuaba sin cambiar de actitud. Un buen día vio volver a su marido a su lado.
El subconsciente está continuamente impresionado por la música, pues la música pertenece a la cuarta dimensión, libera el alma, hace posible milagros y nos facilita su realización.
Una de mis amigas enciende cada día su aparato de música con este fin. Así, se pone en un estado de perfecta armonía y libera su imaginación.
Otra persona a la que conozco bien se dedica a bailar al mismo tiempo que hacer sus afirmaciones. El ritmo y la armonía de la música y del movimiento dan a sus palabras una fuerza extremada. También es conveniente que el estudiante se acuerde de no despreciar los «pequeños acontecimientos cotidianos».
Invariablemente, antes de una demostración, las «señales de tierra» se manifiestan.
Antes de llegar a las Américas, Cristóbal Colón vio pájaros que llevaban una ramita en su pico, señal inequívoca de que la tierra se hallaba muy próxima. Pues bien, lo mismo sucede cuando se produce una demostración; lo

que sucede es que, con frecuencia, el estudiante se equivoca, toma las señales por la demostración misma y luego se siente decepcionado.
Por ejemplo, una señora había «pronunciado la palabra» pidiendo una vajilla. Poco tiempo después, una amiga le dio un plato bastante viejo y desgastado.
La señora vino a verme y se lamentó: «Yo pedí una vajilla y no recibí más que un plato viejo».
«Este plato —le dije—, no es más que una "señal de tierra"; su vajilla está en camino. Considérelo como la historia de los "pájaros y las ramitas" de Colón.»
Y, en efecto, poco tiempo después esta señora recibió la vajilla deseada.
«Hacer ver», de manera continua, impresiona el subconsciente. Si parecemos ricos, si creemos estar llenos de éxito, en el «tiempo requerido lo cosecharemos».
Con frecuencia, los niños fingen «ser», pues bien «si no se convierte en un niño pequeño, no entrará en el Reino de los Cielos».
Conocí en cierta ocasión a una mujer joven y pobre, que no lo aparentaba. Se ganaba la vida, trabajando en la casa de unos amigos ricos, y cobraba por ello un sueldo más bien modesto. Ellos le hablaban sin cesar de los muchos gastos que tenían y le aconsejaban ahorrar. Sin embargo, ella no se preocupaba de ahorrar y gastaba todo su dinero en compras, una vez un sombrero, otra un regalo; de ese modo, se sumergía en su propio mundo lleno de encanto. Sus pensamientos siempre estaban fijos en bonitas prendas de vestir, en objetos hermosos, pero jamás sentía envidia por los demás.
Vivía inmersa en un mundo maravilloso y solitario, en el que las riquezas le parecían reales. No tardó mucho en casarse con un hombre muy rico y todas las bellas cosas con las que había soñado terminaron por materializarse. Yo no sé si su marido fue elegido por la Selección Divina, pero lo cierto es que la riqueza debió de manifestarse fuertemente en su vida como resultado de su propia imaginación, que sólo se centraba en la riqueza.
No hay paz ni felicidad para el hombre que no aparta todo el miedo de su subconsciente.
El miedo es la energía mal dirigida que debe cambiarse y transformarse en fe.
Jesucristo dijo: «¿Por qué tienes miedo, hombre de poca fe?». «Todo es posible para aquel que cree.»
Alguna vez, otra de mis alumnas me preguntó: «¿Cómo puedo librarme del miedo?». Yo le respondí: «Enfrentándose a lo que la asusta».
«La ferocidad del león se basa en vuestro miedo.» Enfrentémonos al león y desaparecerá, intentemos escapar de él y nos seguirá.
Ya enseñé en los capítulos anteriores cómo «el león» de la pobreza desaparece en cuanto el individuo gastaba sin miedo alguno, probando así que Dios era su riqueza y esta abundancia, era, por lo tanto, infalible.
Numerosos alumnos míos se vieron liberados de las garras de la pobreza y están ahora en la opulencia, gracias a que habían perdido todo el miedo a gastar. El subconsciente queda muy impresionado por esta verdad de Dios que es a la vez la dádiva y el donante; en consecuencia, si nosotros estamos unidos a Dios, quiere decir que estamos unidos a la dádiva. He aquí hay una maravillosa afirmación: «Doy gracias a Dios, el donante, por Dios, la dádiva».
Debido a sus pensamientos de separación y de penuria el hombre ha estado durante mucho tiempo separado del bien y de sus verdaderos recursos, hasta el punto de que hace falta emplear la dinamita para destruir esas falsas ideas del subconsciente, y la dinamita se presentará bajo la forma de una importante ocasión para vencer.
En todos los ejemplos anteriores, hemos visto que el individuo se libera a través de la destrucción del miedo.
«Aquello que escojas hoy será aquello a lo que servirás», ya sea el miedo o la fe.
Quizá vuestro miedo se vea suscitado por la personalidad de otras personas. En este caso no evitéis a aquellos que teméis, id hacia ellos tranquilamente y veréis cómo se convierten en las «mallas de oro en los eslabones de vuestro bien» o bien desaparecerán armoniosamente de vuestro camino.
Quizá tema Ud. la enfermedad, los microbios. Aprenda a ser insensible a los riesgos de contagio y se sentirá inmunizado.
En efecto, no se puede contaminar nada a menos que su vibración esté en el mismo plano que los microbios, y el miedo. Rebaja al hombre al mismo nivel. Sin embargo, que quede bien entendido que el microbio que transmite la enfermedad es producido por el entendimiento mortal, pues todo pensamiento toma forma de algo. Los microbios no existen en el superconciente, el Entendimiento Divino; son el producto de «la vana imaginación del hombre».
«En un abrir y cerrar de ojos» surgirá la liberación del hombre, y entonces se dará cuenta de que el mal se ve privado de sus poderes.
El mundo material se desvanecerá en la cuarta dimensión, y el «mundo de las maravillas» aparecerá a continuación.
«Y yo vi un nuevo cielo y una nueva tierra, y no habrá más muerte, ni tristeza, ni lágrimas, ni dolores, pues ¡las cosas viejas pasarán!»

7. EL AMOR

Todo hombre de este planeta está siempre iniciándose en el amor. «Os doy un nuevo mandamiento, que os améis los unos a los otros».

Ouspensky dijo en Tertium Organum, que el amor es un fenómeno cósmico que abre al hombre la cuarta dimensión, que es «el mundo de las maravillas».

El verdadero amor es desinteresado y está exento de todo miedo. Se derrama sobre el objeto de su afecto sin que pida nada a cambio. Su alegría está en la alegría de dar. El amor es Dios que se manifiesta con la gran fuerza magnética del Universo. El amor puro, exento de todo egoísmo, atrae a aquello mismo que le pertenece; no busca ni pide nada.

Nadie, por así decirlo, tiene siquiera una pequeña idea del verdadero amor. El hombre es egoísta, tiránico y temeroso en sus afectos, y pierde, por este mismo hecho, a aquel que ama.

Los celos son el peor enemigo del amor, pues la imaginación se desencadena, empuja al ser amado hacia otro, e infaliblemente esta clase de miedos desvían la realidad si no logran ser debidamente neutralizados.

Una joven señora profundamente afligida vino a buscarme y me dijo que el hombre al que ella amaba la había abandonado por otra, diciéndole que nunca tuvo la intención de casarse con ella. La mujer se sentía lastimada por los celos y el resentimiento y me dijo que deseaba que él sufriera lo mismo que ella estaba sufriendo, y añadió: «¿Cómo me ha podido dejar a mí, que le amaba tanto?».

Yo le respondí: «Usted no le amaba. En realidad, usted le odiaba».

Y añadí: «Jamás puede recibir si antes no da, dé un amor perfecto y recibirá un perfecto amor». Aproveche esta ocasión para perfeccionarse, ofrezca un amor perfecto, sin egoísmos, sin pedir nada a cambio, no le critique, ni le ordene nada y bendígalo donde quiera que se encuentre».

«No —respondió ella—, yo no lo bendigo, ¡a menos que sepa dónde está!».

«Bien —le dije—, eso significa que éste no es el amor verdadero. Cuando aprenda lo que es el amor verdadero, ese mismo amor verdadero le será entregado por ese hombre, o bien por otro que será su equivalente, pues es posible que este hombre no sea la selección divina. Usted no lo querrá más. Así como es una con Dios, es una con el amor que le pertenecen por derecho divino.» Los meses pasaron y las cosas permanecieron como estaban, pero, mientras tanto, mi amiga trabajaba concienzudamente en ella misma. Yo le dije: «Cuando desaparezca la crueldad de usted, él también dejará de ser cruel, pues usted la atrae aquí por sus propias emociones».

A continuación, le hablé de una Fraternidad de la India donde sus miembros no dicen jamás «Buenos días», sino «Yo saludo a la divinidad que hay en usted». Ellos saludan a la divinidad existente en todo hombre, así como en los animales de la selva, que no pueden jamás causarles daño alguno, pues los miembros de esta fraternidad creen que Dios está presente en todo ser viviente.

Luego añadí: «Salude a la divinidad que hay en ese hombre, y diga conmigo: "Sólo veo su ser divino; lo veo tal como lo ve Dios, perfecto, hecho a Su imagen y semejanza».

Mi amiga comentó más tarde que había encontrado un nuevo equilibrio y así pudo librarse de su resentimiento. El hombre al que ella amaba era capitán, y siempre le llamaba «Cap».

Un día que vino a verme, mi amiga me dijo en voz alta: «Que Dios bendiga al "Cap" donde quiera que esté».

«Ahí está el verdadero amor —me apresuré a declararle—. Y allí donde esté se hará un "círculo completo" y esta situación no volverá a suceder. Finalmente usted obtendrá su amor o atraerá a su equivalente.»

Por aquella época tuve que cambiar de piso, y me quedé sin teléfono durante una temporada. Por lo tanto, no tuve más noticias de ella durante algunas semanas. Luego, una mañana, recibí una carta en la que me decía: «Nos hemos casado».

Me apresuré a. visitarla y mis primeras palabras fueron: «¿Cómo volvió él?».

«¡Oh! —exclamó ella—, ¡pareció un verdadero milagro! Un buen día me encontraba con la sensación de que todo el dolor me había dejado. Esa misma noche lo encontré y me pidió que me casara con él. Nos casamos unos ocho días después y jamás he visto a un hombre tan enamorado.»

Un viejo proverbio dice: «Ningún hombre es tu enemigo, ningún hombre es tu amigo, todos los hombres son tus propios maestros.»

Es necesario ser impersonal y aprender de cada uno lo que cada uno tenga para enseñarnos; en resumen, una vez que aprendamos las lecciones, seremos libres.

Este hombre enseñó a esa mujer un amor desinteresado que cada persona, tarde o temprano, debe conocer.

El sufrimiento no es necesario para el desarrollo del hombre. El sufrimiento es más bien el resultado de la violación de la ley espiritual, pero son pocas las personas capaces de despertarse del «sueño del alma», sin sufrimiento. Cuando la gente se siente feliz suele ser, por regla general, egoísta y, automáticamente, la ley del karma entra en acción. El hombre sufre en seguida las pérdidas porque le falta la capacidad para la autocrítica.

Una de mis conocidas tenía un marido encantador, a pesar de lo cual ella decía a menudo: «No me agrada el matrimonio; no tengo nada que criticarle a mi marido, pero la vida conyugal no me interesa para nada».

Esta persona se interesaba por otras muchas cosas. Apenas se acordaba de que tenía un marido. Sólo se acordaba de él cuando le veía. Un buen día, él le comunicó que se había enamorado de otra mujer y que había decidido dejarla. Ella acudió a verme de inmediato, desolada y llena de amargura.

«Esto es precisamente el resultado de cómo ha pronunciado usted la palabra —le dije—. Dijo bien claramente que no apreciaba la vida conyugal. En consecuencia, su subconsciente trabajó para liberarla.»

«Sí —admitió ella—. Ahora lo comprendo. Primero se consigue aquello que se desea, y luego no hace una más que quejarse.»

No tardó en aceptar esta situación, al comprender que ella y su marido eran más felices estando separados.
Cuando una mujer se vuelve indiferente o critica a su marido, es cuando deja de ser la inspiración para él; éste, privado de las alegrías de los primeros tiempos de su unión, se siente desamparado e infeliz.
Un hombre deprimido, infeliz y pobre vino a consultarme. Su mujer se interesaba por las «Ciencias de los Números» y había llevado a cabo un estudio sobre un tema numérico. Por lo visto, el resultado de su estudio no era favorable, pues me comentó: «Mi mujer me dijo que no llegaré jamás a ninguna parte por que soy un "dos"».
Yo le respondí: «Su número me es completamente indiferente. Usted es una idea perfecta del Entendimiento Divino, y nosotros le pediremos el éxito y la prosperidad que le han sido preparados por la Inteligencia Infinita».
Al cabo de pocas semanas, el hombre se encontraba en una situación excelente y, uno o dos años más tarde, logró un éxito brillante como hombréale letras. Nadie puede tener éxito en los negocios a menos que los ame. La tela que el pintor pinta por amor al arte es la más bella obra. Es necesario desaconsejar siempre aquello que sólo sirve para hacer «hervir la marmita».
Ningún hombre puede atraer el dinero si lo desprecia. Muchos de los que se mantienen en la pobreza declaran: «El dinero no me interesa, yo no guardo ninguna consideración por los que lo tienen».
Aquí está la explicación del porqué muchos artistas son pobres, porque menosprecian el dinero y, entonces, el dinero se aparta de su camino.
Me acuerdo de haber escuchado a un artista decir de un colega: «Ése es un artista sin valor, pues tiene una abultada cuenta en el banco».
Esta actitud mental separa al hombre de sus riquezas. Para atraer una cosa hacia sí, sea cual fuere, es necesario estar en armonía con ella.
El dinero es una manifestación de Dios que nos libera de la necesidad y de las restricciones, pero debe mantenerse en circulación y ser utilizado para buenas finalidades.
Atesorar y ahorrar traen consigo reacciones fuertemente desagradables.
Eso no significa, sin embargo, que no se deban poseer inmuebles, tierras, acciones y obligaciones, pues «los graneros de los justos estarán llenos»; pero no debemos ser ahorrativos si se nos presenta una ocasión para gastar, o si el dinero fuera necesario para algo. Al dar libre curso al dinero que tenemos, al hacerlo sin miedo y alegremente, se abrirá la vía que traerá más, pues Dios es nuestra más infalible e inagotable riqueza.
Aquí está la actitud espiritual que debemos tener en relación con el dinero y el Gran Banco del Universo. ¡No fallará jamás!
Una película titulada Greed (Avidez) nos ofrece un buen ejemplo de avaricia. La heroína de la historia ganó cinco mil dólares en una lotería, pero no quería gastarlos. Amontonó y abarrotó, dejando sufrir y morir de hambre a su marido, quien terminó viéndose obligado a buscar en la basura para sobrevivir.
Amar el dinero por sí mismo se colocó en el lugar más bajo de todos. Una noche, ella fue asesinada y le robaron todo su dinero.
Aquí encontramos un buen ejemplo en el que «el amor por el dinero es la base de todos los males». El dinero, en sí mismo, es bueno y beneficioso, pero cuando se lo utiliza con finalidades destructivas, cuando se lo acumula y atesora, o bien cuando se lo considera como más importante que el amor, se convierte en una verdadera causa de la enfermedad, de la tristeza y, finalmente, de la pérdida del propio dinero.
Siga el camino del amor y todas las cosas le serán dadas por añadidura, pues Dios es Amor, y Dios es nuestra verdadera riqueza; en cambio, si sigue el camino del egoísmo y de la avidez, la riqueza desaparecerá, o bien usted mismo se verá separado de ella.
Conozco el caso de una mujer muy rica que ahorraba todos los beneficios que obtenía. Raras veces hacía cualquier donación, pero, en cambio, compraba sin parar objetos de todo tipo.
Se sentía particularmente atraída por los collares. Una de sus amigas le preguntó un día cuántos tenía. «Sesenta y siete», respondió ella. Los compraba y los guardaba en cualquier parte, seguramente en un papel de seda. Eso sería legítimo si los hubiera lucido, pero ella violaba la ley de la circulación; sus armarios estaban llenos de ropa que jamás utilizaba.
Los brazos de esta persona se fueron paralizando progresivamente porque se apegaba muy ávidamente a todos estos objetos. Al cabo de poco tiempo se la consideró incapaz de gestionar su propia fortuna y ésta le fue retirada.
He aquí un buen ejemplo de cómo se suscita una pérdida por ignorancia de la ley.
Toda enfermedad y toda tristeza provienen de la violación de la ley del amor. Los boomerangs del odio, del rencor y de la crítica se revuelven contra nosotros mismos llenos de enfermedad y dolor. El amor es como un arte perdido, pero aquel que conoce la ley espiritual sabe que debe reconquistarlo, pues sin amor, él mismo no es más que «un címbalo que resuena».
Una de mis alumnas, por ejemplo, trabajó conmigo durante muchos meses para liberar su consciente del rencor. Llegó hasta un punto en el que no odiaba más que a una sola persona. Liberarla era algo difícil de lograr. Sin embargo, poco a poco, mi alumna fue encontrando el equilibrio y la armonía que necesitaba, y un buen día desaparecieron todos sus resentimientos.
Ese día ella llegó radiante a mi casa y exclamó: «¡Usted no puede imaginar lo que me ha pasado! La persona que yo odiaba me ha dicho algo muy desagradable y, en lugar de dejarme arrastrar por la furia, me mostré gentil y

llena de amor; entonces, ella se disculpó y ¡fue absolutamente encantadora conmigo! ¡Nadie podría imaginar lo bien que me siento ahora!».
El amor y la buena voluntad son inestimables en los asuntos humanos.
Una empleada vino a desahogarse conmigo sobre su jefa que, según ella, era fría, muy crítica y sin amor alguno.
«Bien —le aconsejé—, salude entonces a la divinidad que hay en ella y envíele pensamientos de amor.»
Ella me respondió: «Imposible, es una mujer de mármol».
«¿Usted se acuerda de la historia del escultor que reclamó un cierto bloque de mármol? —le repliqué— . Cuando le preguntaron para qué lo quería él respondió: "Porque hay un ángel dentro de ese mármol", y logró crear una maravillosa obra de arte.»
«Bien —dijo mi visitante—, lo intentaré.» Una semana más tarde, volvió a verme: «He hecho lo que usted me aconsejó y he podido comprobar que esta señora es más buena conmigo; me llevó a dar un paseo en su coche.»
Ciertas personas están llenas de remordimientos por haber hecho algún mal a alguien, a veces durante muchos años.
Si este mal no puede ser reparado, su efecto puede ser neutralizado haciendo el bien a cualquier otra persona en el presente.
«Si hago una cosa, olvidando lo que ya pasó y me dirijo al porvenir.»
La tristeza, el remordimiento y las lágrimas destruyen las células del cuerpo y envenenan la atmósfera del individuo.
Un buen día, una señora que experimentaba una profunda tristeza, me pidió: «Tráteme para que pueda vivir feliz y contenta, pues mi tristeza me hace ser irritable con los miembros de mi familia, y recibo enseguida los golpes del karma.»
Así pues, me pidió que la tratara como se trataría a una madre que llora por su hija. Yo negué toda creencia en las pérdidas y las separaciones, y afirmé que Dios era la alegría de esta mujer, su amor y su paz.
Ella recuperó inmediatamente su equilibrio, y al cabo de poco tiempo su propio hijo vino a decirme que detuviera el tratamiento, pues actualmente ella se sentía llena de alegría.
Vemos, una vez más, cómo el entendimiento mortal se adhiere a sus propios dolores y lamentaciones.
En otra ocasión, una persona perteneciente a mi familia hacía alarde, sin parar, de las tristezas que la abrumaban, hasta el punto de que siempre tenía algo de lo que quejarse.
Antaño, si una mujer no se hacía cargo de sus hijos, pasaba por no ser una buena madre.
Hoy sabemos bien que las continuas quejas de las madres son precisamente las verdaderas responsables de las enfermedades y accidentes que les ocurren a sus hijos.
El miedo, en efecto, imagina fuertemente la enfermedad o la situación temida, y estas imágenes, si no son neutralizadas debidamente, terminará por materializarse.
Bienaventurada la madre que puede decir sinceramente que entrega a su hijo entre las manos de Dios, sabiendo, en consecuencia, que él está divinamente protegido. Ella proyecta así una especie de fuerza protectora sobre su hijo.
Una mujer se despertó súbitamente en plena noche, presintiendo que su hermano se encontraba en un grave peligro. En lugar de ceder a sus temores, afirmó la Verdad y se dijo a sí misma: «El hombre es una idea perfecta del Entendimiento Divino, y él está siempre en su verdadero lugar; por lo tanto, mi hermano está en el su verdadero lugar, divinamente protegido».
Al día siguiente se enteró con asombro que su hermano se había encontrado muy cerca de una mina donde se había producido una gran explosión, de la que él, afortunada y milagrosamente, se había salvado.
Es así como nosotros mismos somos los guardianes de nuestros hermanos (por el pensamiento) y cada uno debe saber que el objeto de su afección «reside en las Alturas, y reposa a la sombra del Todopoderoso».
«A aquel que no espera ningún mal, no le sucederá mal alguno.»
«El amor perfecto expulsa el miedo. Aquel que teme no es perfecto en el amor.»
Finalmente, «el amor es el cumplimiento de la Ley».

8. INTUICIÓN, DIRECCIÓN

«En cualquier camino que sigas reconócele y Él te dirigirá.»
Nada es imposible para aquel que conoce la fuerza de su palabra y que sigue las directrices de sus intuiciones. Por la palabra hace entrar en acción las fuerzas invisibles y puede restaurar su cuerpo y transformar sus negocios.
Es por lo tanto muy importante elegir las palabras adecuadas, y las afirmaciones que vamos a proyectar en lo invisible.
Aquel que se dedica al estudio de la Ley espiritual sabe que Dios es su riqueza, que la abundancia divina responde a todas las demandas y que la palabra le permite surgir.
«Pedid y recibiréis.»
El hombre debe dar el primer paso.
«Aproxímate a Dios y Él se aproximará a ti.»

Si alguien me pregunta qué se debe hacer para que se produzca una demostración, le respondo: «Pronuncie la palabra, y no haga nada hasta que usted tenga una directriz precisa».
Pida una indicación y diga: «Espíritu Infinito, guíame, hazme saber si hay alguna cosa que yo deba hacer.»
La respuesta vendrá por intuición, una reflexión de alguien, encontrada quizá en las páginas de un libro, etcétera. Las respuestas son a veces sorprendentes en cuanto a su exactitud. Así, por ejemplo, una señora deseaba una gran cantidad de dinero. Ella pronunció estas palabras: «Espíritu Infinito, abre la vía que traerá hacia mí la abundancia, que todo lo que es mío por derecho divino, venga inmediatamente con profusión». Luego, añadió: «Dame una indicación precisa, hazme saber de cualquier cosa que yo necesite hacer». Enseguida apareció en su cabeza este pensamiento: «Dale a cierta amiga (que le había ayudado espiritualmente) cien dólares». Pero tuvo otro que le decía: «Espera a recibir otra indicación antes de hacerlo». Esperó, y entonces, en ese mismo día, encontró a una conocida que, en el curso de una conversación, le contó: «Hoy he dado un dólar a una persona, para mí es lo mismo que si usted hubiera dado cien».
Ésta era una buena indicación; ella estaba segura de que tenía razón en lo de dar los cien dólares. Esta donación se reveló como un empleo excelente, pues poco tiempo después le llegó, de una manera sorprendente y extraordinaria, una suma grande de dinero.
Dar es lo que abre la puerta para recibir. Para crear verdadera actividad en los asuntos financieros, hay que dar. El diezmo, es decir, la ofrenda de la décima parte de los ingresos, es una vieja costumbre judía que jamás ha dejado de suscitar la abundancia. Son muchos los que, entre los más ricos de este país, tienen la costumbre de ofrecer el diezmo. No conozco ninguna otra inversión mejor que ésta.
Recuperamos esta décima parte bendecida y multiplicada. Pero la donación deberá ser hecha con amor y alegría, pues «Dios ama al dador alegre». Las facturas deben ser pagadas voluntariamente; todo dinero debe ser entregado sin miedo y será acompañado por una bendición.
Esta actitud de espíritu convierte al hombre en dueño del dinero, que entonces se convierte en su servidor y la palabra que pronuncia abre las vastas reservas de la riqueza.
Es el hombre mismo quien, debido a su visión limitada, limita su abundancia.
A veces un estudiante que ha logrado una gran realización de riqueza, tiene miedo de actuar. La visión y la acción deben caminar juntas, como en el caso del señor que deseaba comprar el abrigo de piel.
Una consultante vino a pedirme que «pronunciara la palabra» en favor de una situación determinada. Yo le dije: «Espíritu Infinito, abre la vía para la situación que convenga a esta persona». No pida jamás «una situación», sino la situación justa, es decir, aquella que ya está preparada en el Plan Divino, pues sólo ella podrá proporcionarle satisfacción.
Luego di gracias por aquello que ya se había recibido y para que la situación se manifestara rápidamente. Poco después, a esa persona le fueron ofrecidas tres oportunidades, dos en Nueva York y otro en Palm Beach, y ella no sabía con cuál quedarse. Yo le dije: «Pida una dirección precisa».
La fecha límite para la respuesta estaba a punto de caducar y ella no había tomado todavía una decisión. Entonces, un día me llamó: «Desperté esta mañana —me dijo—, y tuve la impresión de sentir el perfume de Palm Beach».)
Ella ya había estado allí en el verano y conocía su aire embalsamado.
«En tal caso —le respondí—, ahí tiene con seguridad la indicación que tanto esperaba.» Así pues, aceptó lo que le ofrecieron, la cual, a su vez, le fue extremadamente favorable, en consonancia con las directrices que surgieron en un momento inesperado.
Un día caminaba por la calle cuando, súbitamente, decidí entrar en una determinada panadería que se encontraba un poco lejos de donde me hallaba en aquel momento.
La razón me decía: «No hay nada en esta panadería que puedas necesitar».
Sin embargo, decidí no ponerme a razonar, y me fui para allá. Cuando llegué observé a mi alrededor y me pareció que, en realidad, no necesitaba nada. Pero, de repente, encontré a una señora en la que había estado pensando y que necesitaba una gran ayuda que yo podía ofrecerle.
Así pues, cuando se busca una cosa a menudo se encuentra con otra.
La intuición es una facultad espiritual que no tiene explicación, pues no hace más que enseñar el camino.
Con frecuencia se recibe una dirección durante un «tratamiento». La idea que surge puede parecer incongruente, pero ciertas directrices de Dios son «misteriosas».
En el transcurso de un curso, un buen día me encontraba dedicada a efectuar «tratamiento» para que cada estudiante recibiera una indicación bien definida. Después del curso, una alumna vino a decirme: «Mientras usted "trataba", yo tuve la idea de sacar mis muebles del garaje y de alquilar un apartamento».
Y sin embargo había acudido a verme por un problema de salud. Yo le dije que si tuviera un hogar, su salud estaría mejor y añadí: «Creo que su enfermedad, que es digestiva, proviene del hecho de que usted deja todas sus cosas de lado. La congestión de las cosas provoca la congestión del cuerpo. Usted ha violado la ley de la circulación y su cuerpo paga ahora las consecuencias».
Después, di gracias de que «el Orden divino se hubiera vuelto a restablecer en su espíritu, en su cuerpo y en sus asuntos».
No sabemos hasta qué punto los asuntos actúan sobre la salud. Toda enfermedad comporta una correspondencia

mental. Una persona puede curarse instantáneamente cuando comprende que su cuerpo es una idea perfecta del Entendimiento Divino y, en consecuencia, que está sana y es perfecta. Pero si continúa pensando de una manera destructiva, si es avara, si odia, si teme, si condena, la enfermedad se reproducirá.
Jesucristo sabía que toda enfermedad proviene del pecado. Después de haber curado a un leproso, le dijo: «Ve y no peques más por temor a que un mal mayor te aflija».
Así es, el alma (el subconsciente) debe ser lavada y volverse blanca como la nieve para que la cura sea permanente. Los metafísicos hacen profundos sondeos para descubrir esa clase de «correspondencias».
Jesucristo dijo: «No juzgues a fin de no ser juzgado.»
Muchos atraen la enfermedad y la tristeza cuando condenan a los otros.
Aquello que el hombre desea para el prójimo, eso es lo que atrae para sí mismo.
Una amiga vino a verme llena de cólera y de dolor porque su marido la había abandonado por otra. Mi amiga censuraba a esta mujer y repetía sin parar: «Ella sabía que él era casado y no tenía el derecho de aceptar los galanteos de él».
Yo le respondí: «Deja ya de condenar a esa mujer. En lugar de eso, bendícela y termina con esta situación, porque si no lo haces atraerás lo mismo sobre ti».
Ella hizo oídos sordos a mis palabras y uno o dos años más tarde ella misma se enamoró de un hombre casado.
Cuando se critica o se condena, es como si el hombre estuviese enchufado a un cable de alta tensión. Lo mínimo que puede esperar es un calambrazo.
La indecisión es una piedra de obstáculo en su camino. Para superarla, repita sin cesar: «Yo siempre tengo la inspiración directa, y tomo rápidamente las buenas decisiones».
Estas palabras impresionan el subconsciente y no se tarda en encontrar la actitud alerta y verse despojado de toda duda. Aprendí que puede ser nefasto buscar esta directiva en el plano psíquico, pues en este plano hay numerosos espíritus y no un Espíritu Único.
A medida que el hombre abre su espíritu a la subjetividad, se convierte en blanco de las fuerzas destructivas. El plano psíquico es el resultado del pensamiento mortal, es el plano de las «oposiciones». En él recibimos mensajes tanto buenos como malos.
La ciencia de los números, los horóscopos, mantienen al hombre en el plano mental (o mortal), pues no se ocupan más que de la vía kármica.
Conozco a un señor que, según su horóscopo, debería estar muerto desde hace algunos años. Él se encuentra bien, y dirige uno de los mayores movimientos de su país, para el bien de la humanidad.
Para neutralizar una predicción nefasta, hay que poseer una gran fuerza mental.
El estudiante debe declarar: «Toda predicción falsa será inhabilitada; todo plan que no viene de mi Padre celeste será eliminado y se disipará; la idea divina se realiza ahora».
Sin embargo, si recibimos un buen mensaje, un mensaje que anticipe la felicidad o la fortuna, debemos acogerlo y esperar su realización, lo que contribuirá a producir su manifestación.
La voluntad humana debe servir para sostener la voluntad divina. «Yo quiero que la voluntad de Dios sea hecha.»
La voluntad de Dios es conceder a cada uno los deseos legítimos de su corazón, y la voluntad del hombre debe ser empleada para mantener, sin la menor vacilación, una visión que debe ser perfecta.
El Niño Prodigio declaró: «Yo me levantaré e iré en dirección a mi Padre».
A veces es necesario realizar un esfuerzo de voluntad para abandonar las «algarroba y los cerdos» del entendimiento humano. Para el común de los mortales es mucho más fácil temer que tener fe: la fe es un esfuerzo de la voluntad.
Al despertar a la espiritualidad, el hombre reconoce que todo lo que se halla en discordancia a su alrededor se corresponde con una desarmonía mental. Si el hombre tropieza y se cae, siempre puede decir que tropezó y cayó debido a su propio entendimiento.
Un día, una de mis alumnas salió por la calle, sumida en unos pensamientos en los que se dedicaba a condenar a alguien. Se decía a sí misma: «Esta mujer es la más desagradable de la tierra». Entonces, bruscamente, tres scouts aparecieron repentinamente tras dar la vuelta a una esquina y la hicieron caer al suelo. Ella no hubiera querido que eso sucediera así, pero inmediatamente apeló a la ley del perdón en un «saludo a la divinidad» que había en aquella otra señora. Las vías de la sabiduría son vías agradables y llenas de paz.
Cuando se hace una llamada al Ser Universal, hay que esperar sorpresas. Todo puede parecer que va mal, pero en realidad todo va bien.
Una estudiante aprendió que no hay pérdida en el Entendimiento divino y que, consecuentemente, ella no podría perder aquello que le pertenecía, y en caso de pérdida recibiría su equivalente.
Unos años antes, esta persona perdió dos mil dólares. Había prestado ese dinero a un pariente, que murió sin hacer mención del préstamo en su testamento. Esta alumna se sentía llena de amargura y de cólera pues no tenía ninguna prueba de que se hubiera producido esta transacción. Decidió negarse a aceptar la pérdida y pidió dos mil dólares a la Banca del Ser Universal. Comenzó por perdonar a su familiar, pues el rencor y el rechazo a perdonar cierran las puertas de este banco maravilloso.
Ella afirmó: «Niego esa pérdida; no hay pérdida alguna en el Entendimiento Divino. En consecuencia, no puedo perder estos dos mil dólares que me pertenecen por derecho divino. Cuando una puerta se cierra, otra puerta se

abre».
Esta mujer vivía en un piso de un edificio que estaba en venta; el contrato tenía una cláusula por la que se estipulaba que si la casa se ponía en venta, los inquilinos se verían obligados a mudarse en el término de noventa días.
Bruscamente, el propietario hizo un nuevo contrato y aumentó los alquileres. De nuevo la injusticia surgió ante su camino, pero esta vez ella no se alteró. Bendijo al propietario y se dijo a sí misma: «Este aumento del alquiler significa que yo seré más rica, pues Dios es mi riqueza».
Los nuevos contratos establecieron los nuevos alquileres, pero, debido a un error providencial, la cláusula de los noventa días fue omitida.
Poco después, el propietario tuvo la ocasión de vender su casa. Gracias al error cometido en los nuevos contratos, los inquilinos pudieron quedarse en los pisos que ocupaban durante un año.
El gestor ofreció a cada uno de ellos doscientos dólares para que se marchasen. Muchas familias se cambiaron, y otras tres se quedaron, incluida la señora en cuestión. Transcurrieron uno o dos meses. El gestor volvió a ponerse en contacto con los inquilinos. En esta ocasión, le propuso a mi amiga: «¿Usted aceptaría la cuantía de mil quinientos dólares?». En ese mismo instante, ella se dio cuenta de lo que ocurría: «¡Mira por dónde, aquí están mis dos mil dólares!». Ella se dirigió a sus vecinos que todavía vivían en el mismo edificio: «Actuaremos juntos si nos quieren echar». Su dirección consistió, por lo tanto, en consultar con sus vecinos.
Ellos declararon: «Si le ha ofrecido a usted mil quinientos dólares, con seguridad nos darán dos mil dólares a cada uno». Y así fue, en efecto, ella recibió un cheque de dos mil dólares a cambio de su marcha.
Este hecho es una gran demostración de la ley, la injusticia aparente no pudo sino abrir la puerta a la demostración.
Esto demuestra que no hay pérdida y que cuando el hombre actúa según la ley espiritual, obtiene todo aquello que es de él en el gran Depósito del Bien.
«Yo te devolveré los años destruidos por las langostas.»
Las langostas no son más que las dudas, los miedos, los resentimientos y las lágrimas del entendimiento mortal.
Por sí solos, estos pensamientos adversos pueden terminar por destrozar al hombre, pues «ninguno da al hombre sino él mismo, y nadie le roba sino él mismo».
Nosotros estamos aquí para hacer la prueba de Dios y «para dar testimonio de la Verdad», puesto que sólo nosotros podemos demostrar que Dios hace surgir la riqueza de la penuria y la justicia de la injusticia.
«Ponedme a prueba —dice el Eterno a la muchedumbre—. Y veréis si no abro para vosotros las compuertas de los cielos, si no derramo sobre vosotros una bendición tal que no tendréis lugar para guardarla» (Mal. III, 10). ,

9. LA PERFECTA EXPRESIÓN DE SÍ MISMO O EL DESIGNIO DIVINO

«Ningún viento puede extraviar mi barca ni cambiar el curso de mi destino.»
Para todo hombre existe una perfecta expresión de sí mismo. Hay un sitio que él debe ocupar y que nadie podrá ocupar en su lugar; hay cosas que él mismo debe hacer y que nadie podrá hacer por él, ése es su destino.
Esta idea perfecta, mantenida en el Entendimiento Divino, espera a que el hombre la reconozca. Pues la facultad de la imaginación es una facultad creadora, necesaria para que el hombre perciba la idea antes de que ésta sea realizada.
Así pues, el llamamiento más elevado que puede recibir el hombre se refiere al designio divino de su vida.
Es posible que no se tenga ni la menor idea de ello, pero lo cierto es que puede tener, profundamente escondido en sí mismo, algún talento maravilloso.
Su llamamiento deberá ser: «Espíritu Divino, abre la vía para que le se manifieste el designio divino de mi vida; que el genio que existe en mi sea liberado; que pueda comprender con toda claridad el Plan Perfecto».
El Plan Perfecto comprende la salud, la fortuna, el amor y la perfecta expresión de sí mismo. Ahí está la cuadratura de la vida que trae consigo la felicidad perfecta. Después de haber hecho este llamamiento, grandes cambios pueden producirse en la vida de una persona, pues todos los hombres están lejos del designio divino.
Conozco el caso de cierta persona: parecía como si un ciclón hubiera devastado todos sus asuntos, pero éstos se reorganizaban rápidamente y nuevas y maravillosas condiciones no tardaban en sustituir a las viejas.
La expresión perfecta de sí mismo no se manifestará nunca como una tarea ingrata, pero tendrá un interés tan absorbente que parecía como si se tratara de un juego. Aquel que se inicia a la verdad también sabe que al penetrar en el mundo donde Dios dirige las finanzas, la riqueza necesaria para su más perfecta expresión estará al alcance de su mano.
Más de un genio ha tenido que pasar durante años por problemas financieros, pero aquellos que pronuncian la palabra con fe liberarán rápidamente los fondos necesarios.
¿Quiere ver un ejemplo de ello? Después de un curso, un estudiante acudió a verme y me enseñó un centavo. Entonces me dijo: «Sólo tengo siete centavos, y le daré uno a usted, pues tengo fe en el poder de su palabra; le pediré que pronuncie la palabra para mi perfecta expresión y mi prosperidad».

Así pues, «pronuncié la palabra» y no volví a saber nada de él durante un año. Finalmente, regresó un día con aspecto de sentirse perfectamente feliz, en pleno éxito, con una cartera llena de billetes de banco. Me dijo en seguida: «Después de que usted pronunciara la palabra, me apareció una oportunidad en un pueblo y encontré la salud, la felicidad y la riqueza.»
Para una mujer, la expresión perfecta puede venir del hecho de ser una esposa notable, una madre ideal, una dueña de casa realizada, sin seguir necesariamente una carrera brillante.
Pida directrices nítidas y el camino le será trazado, con facilidad y lleno de éxito.
No debemos «representarnos», ni forjarnos una imagen cuando pedimos que el designio divino penetre en nuestra conciencia; recibimos la clara inspiración y empezamos a ver cumplidas grandes cosas. Ahí está la imagen o la idea a la que es conveniente atenerse sin la menor vacilación. Aquello que el hombre busca también al hombre. ¡El teléfono buscó a Bell!
Los padres jamás deberían imponer sus carreras o sus profesiones a sus hijos. Conociendo la Verdad Espiritual, ya en los primeros años de la vida del niño, o incluso antes de su nacimiento, deberían pronunciar la palabra para que se realice el Plan Divino.
Un tratamiento prenatal debería hacerse de la siguiente manera: «Que Dios que está en este niño se exprese perfectamente; que los designios divinos para su espíritu, su cuerpo y sus asuntos se manifiesten durante toda su vida, durante toda la Eternidad».
Que la voluntad de Dios sea hecha y no la del hombre; según el modelo de Dios y no el del hombre. Este es el mandamiento que encontramos constantemente en las Escrituras, y la Biblia es un libro que trata de la Ciencia del Espíritu y que enseña al hombre a liberar su alma (el subconsciente) de la esclavitud.
Las batallas que se describen en ese libro representan las luchas del hombre contra los pensamientos mortales. «Los enemigos del hombre serán aquellos de su propia casa.» Todo hombre es Josué y todo hombre es David que extermina a Goliat (el pensamiento, el entendimiento mortal) gracias a una pequeña piedra blanca (la fe).
Así, el hombre debe vigilar para no ser un «mal servidor» que entierra su talento, para no servirse de aquellos dones que entrañan terribles penalidades.
Con frecuencia, el miedo impide al hombre expresarse correctamente. El «miedo» ha atormentado a más de un genio; pero el miedo puede superarse por medio de la palabra pronunciada o por el «tratamiento»; el individuo pierde, toda la conciencia de sí mismo y siente solamente que hay sólo un medio para expresar la Inteligencia Infinita.
Se encuentra entonces bajo la inspiración directa, liberado de todo miedo, lleno de confianza, pues siente al «Padre que hay en él» y que actúa.
Un joven asistía con frecuencia a mi curso, en compañía de su madre. Me pidió que «pronunciara la palabra» para un examen al que iba a tener que someterse.
Yo le aconsejé que hiciera esta afirmación: «Estoy unido a la Inteligencia Infinita; sé todo lo que debo saber sobre esta asignatura»; poseía excelentes conocimientos de historia, pero no estaba muy seguro de sus conocimientos en aritmética.
Tuve la ocasión de verle poco tiempo después: «Pronuncié la palabra para la aritmética y recibí una de las mejores notas, pero me fié de mí mismo para la historia y mis notas fueron muy bajas».
El hombre recibe un golpe cuando está muy seguro de sí mismo, pues ha puesto toda la confianza en su personalidad y no en el «Padre que está en él».
Otra de mis alumnas me dio el siguiente ejemplo. Un verano, hizo un largo viaje, visitando numerosos países cuya lengua ignoraba. A cada instante pedía las directrices y la protección divinas, y todo se resolvía milagrosamente. Sus equipajes jamás se retrasaron ni se perdieron. Siempre encontraba los mejores hoteles y todo le fue perfectamente servido. Regresó a Nueva York donde, al conocer la lengua, pensó que Dios ya no era necesario e hizo sus cosas sin rogarle más.
Todo le salió mal; sus equipajes se perdieron en medio de la agitación y del desorden. El estudiante de metafísica debe tener la costumbre de «practicar la Presencia de Dios» a cada minuto. «Reconocerle en todas las direcciones», porque nada es insignificante, ni demasiado importante.
A veces, un incidente pequeño puede transformar toda una vida.
Robert Fulton, que se hallaba mirando hervir dulcemente el agua en una tetera, se imaginó un buque transatlántico.
He visto con frecuencia a un estudiante retrasar su demostración por su resistencia o bien porque él mismo quería elegir su camino. De esta manera, limitaba su fe y paralizaba la manifestación.
«¡Mis caminos y no tus caminos!» ordena la Inteligencia Infinita. En el caso de cualquier clase de energía, ya se trate del vapor o de la electricidad, es necesario un instrumento que no ofrezca ninguna resistencia y ese instrumento es el hombre.
Constantemente, las Escrituras le aconsejan al hombre que «esté tranquilo». «Oh Judá, no tengas miedo, pero mañana sal a su encuentro, pues el Señor estará contigo. No tendrás que combatir en esta batalla, relájate, ten tranquilidad y contempla la liberación del Señor que está contigo.»
Así lo constatamos en el caso anterior en el que una señora recibió del propietario del inmueble donde vivía sus dos mil dólares cuando ella adoptó una actitud no resistente y de una fe imperturbable, y también en el caso de

aquella otra que ganó el amor del hombre al que amaba «cuando hubo cesado todo sufrimiento».
El objetivo del estudiante en metafísica es el equilibrio, el dominio de sí mismo. El dominio de sí mismo es su fuerza, pues da a la fuerza Dios la posibilidad de fluir a través del hombre, a fin de «actuar según Su bien querer».
Dueño de sí mismo, el estudiante piensa claramente y «toma rápidamente las decisiones correctas». «La suerte no le falta nunca.»
La ira altera la visión, envenena la sangre: es la causa de enfermedades y de decisiones que conducen al desastre.
La ira suele incluirse entre los pecados capitales, tanto en cuanto a sus reacciones como en cuanto a sus efectos maléficos. El estudiante aprende que en metafísica la palabra pecado tiene un sentido mucho más amplio que aquel que se enseñaba antiguamente: «todo lo que es contrario a la fe es pecado».
Se da cuenta de que el miedo y la inquietud son pecados mortales. Es la fe a la inversa, ya que por medio de imágenes mortales deformadas, provoca precisamente aquello que rechaza. Su trabajo consiste en rechazar a sus enemigos (más allá del subconsciente). «Cuando el hombre esté exento del miedo, será perfecto.» Pero como dijo Maeterlink, «el hombre tiene miedo de Dios».
Así pues, tal y como hemos visto en los capítulos anteriores, el hombre no puede vencer el miedo más que enfrentándose a aquello que lo asusta. Cuando Josafat y su ejército se preparaban para salir al encuentro del enemigo, cantó: «Loado sea el Señor, pues su misericordia dura por toda la eternidad». Se dio cuenta entonces de que sus enemigos se estaban matando los unos a los otros, y que ya no quedaba nadie contra quien combatir.
Una persona había pedido a una de sus amigas que transmitiera un mensaje a una tercera persona. Esta amiga temía dar ese paso pues la razón le aconsejaba: «No te pelees por este asunto y no te hagas responsable de este encargo».
Se sentía bastante inquieta, a pesar de haber pronunciado su palabra. Finalmente, decidió «afrontar al león» e hizo un llamamiento a la ley de la protección divina. Se encontró entonces con la persona a la que debía comunicar el mensaje que se le había encargado, abrió la boca para hacerlo así y, en ese mismo instante, esa otra persona le dijo: «Tal persona dejó el pueblo», lo que hacía inútil el mensaje que debía transmitir, puesto que la situación dependía de la presencia en el pueblo de aquella persona.
Como quiera que se le había rogado que actuara, es decir, que no resistiera, no se sintió obligada; precisamente porque no tenía miedo, la situación embarazosa desapareció por sí sola.
Los estudiantes retrasan a menudo su demostración manteniendo la idea de que estaba incompleta; deberían hacer la siguiente afirmación: «En el Espíritu Divino, todo está alcanzado; por lo tanto, mi demostración está completa, mi trabajo es perfecto, mi hogar es perfecto y mi salud también es perfecta».
Cualquier cosa que pidamos, son ideas perfectas, archivadas en el Entendimiento Divino y que deben manifestarse «por la gracia y de una manera perfecta». Hay que dar las gracias por haber recibido en lo Invisible y prepararse activamente para recibir en el plano visible.
Otra de mis alumnas tenía la necesidad de hacer una demostración pecuniaria; acudió a verme para preguntarme por qué esta demostración no llegaba a producir un resultado.
«Quizá tenga usted la costumbre de no terminar aquello que emprende, y su subconsciente haya tomado la costumbre de no llegar a terminar las cosas» (como ocurre afuera ocurre adentro).
«Tiene usted razón —me respondió ella—. Empiezo a hacer muchas cosas que no termino jamás.
Voy entrar en mi casa y a terminar de hacer una cosa que empecé hace varias semanas. Estoy segura de que eso será el símbolo de mi propia demostración.»
Se dedicó a terminar esa tarea y, ,al cabo de poco tiempo, consiguió terminar el trapajo. Poco tiempo después, el dinero le llegó de una manera curiosa. ^
Aquel mismo mes, su marido recibió una paga doble de su salario. Convencido de que se trataba de una equivocación, lo comunicó así a sus jefes, y éstos, debido a su honradez, le dijeron que se lo quedara.
Cuando el hombre pide con fe, no puede dejar de recibir, pues Dios crea sus propias vías.
A mí, en ocasiones, me hacen esta pregunta: «Suponga que se tienen varios talentos. ¿Cómo saber cuál de ellos elegir?». Pida recibir una dirección clara, y diga: «Espíritu Infinito, dame una indicación clara, revélame cuál debe ser mi perfecta expresión, enséñame cuál es el talento que debo utilizar actualmente».
He visto a personas liberarse, bruscamente, de una tarea y encontrarse plenamente competentes con poco o casi ningún aprendizaje. Yo afirmo: «Estoy totalmente equipada para el Plan Divino de mi vida», y afronto sin miedo las ocasiones que se presentan.
Ciertas personas dan voluntariamente, pero no saben recibir; rechazan los regalos, ya sea por orgullo o por cualquier otra razón negativa y agotan así sus fuentes e, invariablemente, se encuentran un poco desprovistas de todo.
Así, por ejemplo, a una señora que había dado mucho dinero acudieron a ofrecerle una donación de varios miles de dólares. Ella la rechazó, diciendo que no tenía necesidad. Poco después, sus finanzas se encontraron con problemas y la mujer tuvo que endeudarse exactamente por aquella misma cantidad que se le había ofrecido. Es necesario recibir con gracia el pan «que nos viene sobre las aguas»; libremente, usted ha dado; libremente debe recibir.
El equilibrio entre dar y recibir existe siempre, y aunque el hombre debe dar sin esperar nada a cambio, viola la ley

aquel que no acepta aquello que le ofrecen, pues todo viene de Dios, y el hombre no es más que su canal.
No se debe tener jamás un pensamiento de penuria con respecto a aquel que da.
Por ejemplo, cuando el oyente del que ya he hablado me entregó su centavo, yo no pensé: «Pobre hombre, no está en condiciones de darme este centavo». Lo he visto rico y próspero, recibiendo su parte de la abundancia que existe. Fue ese pensamiento el que le indujo a actuar como lo hizo. Si no se sabe recibir, es necesario aprender y, para hacer brotar las fuentes, saber aceptar lo que se nos ofrezca, aunque sólo sea un sello.
El Señor ama tanto a aquel que sabe recibir como al que sabe dar.
Con mucha frecuencia se me ha preguntado por qué un hombre nace rico y saludable y otro pobre y enfermo.
Allí donde se produzca un efecto, hay siempre una causa; el azar no existe.
Esta cuestión encuentra su respuesta en la ley de la reencarnación. El hombre pasa por numerosas vidas, por numerosas muertes, antes de conocer la Verdad que le permite ser libre.
Se siente atraído hacia la tierra a causa de sus deseos anteriores insatisfechos, para pagar sus deudas kármicas o para «cumplir con su destino».
Por lo tanto, aquel que nace rico y saludable mantuvo en su subconsciente, en el transcurrir de su vida anterior, las imágenes de riqueza y de salud, mientras que aquel que está enfermo y pobre, creó las imágenes de enfermedad y pobreza.
En cualquier plano que esté, el hombre manifiesta la suma total de las convicciones de su propio subconsciente.
Sin embargo, el nacimiento y la muerte son leyes establecidas por los hombres, pues «el pago del pecado, es la muerte», la expulsión de Adán de la conciencia por haber creído en dos poderes (el bien y el mal). El hombre real y el hombre espiritual no conocen el nacimiento, ¡ni la muerte! Él jamás nace y jamás muere, sino que «está en el comienzo y ¡estará siempre!».
Así pues, por el conocimiento de la Verdad, el hombre se libera de la ley del karma, del pecado y de la muerte y manifiesta al hombre creado a «imagen de Dios y según su semejanza». Su liberación se produce cuando ya ha cumplido su destino, haciendo surgir la manifestación del designio divino de su vida.
Su Señor le dirá: «Está bien, buen y leal servidor, tú has sido fiel en unas pocas cosas, yo te restableceré en muchas (incluyendo la muerte misma); entra en el gozo de tu Señor (la vida eterna)».

10. NEGACIONES Y AFIRMACIONES

«Tú decretarás una cosa y ella te será dada.»
Todo el bien que debe manifestarse en la vida de un hombre es ya un hecho cumplido en el Entendimiento Divino. Para actuar, Él espera que el hombre le reconozca o pronuncie la palabra, o sea que es el mismo hombre quien debe decretar, para que la Idea Divina se manifieste en su plenitud, ya que, con frecuencia, decreta por «sus vanas palabras» el pecado y la tristeza.
Es de la máxima importancia que se pronuncien correctamente las peticiones, como ya se indicó en el capítulo anterior.
Si se desea un hogar, amigos, una posición, o cualquier otra cosa buena, es necesario pedir la «selección divina».
Por ejemplo: «Espíritu Infinito, abre las vías que conducen a mi verdadero hogar, mis verdaderos amigos, mi verdadera posición. Yo Te agradezco que se manifieste ahora mismo, por la gracia y de una manera perfecta».
El fin de la afirmación es de una importancia capital. Veamos a continuación una prueba de ello: una de mis conocidas pidió mil dólares. Su hija fue víctima de un accidente y recibió mil dólares de indemnización, o sea que ella recibió lo que había pedido, aunque de una «manera no perfecta». El pedido debe ser hecho de la manera siguiente: «Espíritu Infinito, yo Te ruego que los mil dólares que me pertenecen por derecho divino sean liberados ahora mismo y me lleguen por la gracia y de una manera perfecta».
A medida que se desarrolla su conciencia de la riqueza, es conveniente precisar que las enormes sumas de dinero que nos pertenecen por derecho divino lleguen hasta nosotros por la gracia y por los medios perfectos.
Es imposible dar un curso verdaderamente libre a aquello que no creemos posible, pues nos encontramos limitados por las pretensiones del subconsciente. Es necesario ampliar esas pretensiones a fin de recibir más.
El hombre se limita, a menudo, en sus pedidos. Así un estudiante pide seiscientos dólares, para una cierta fecha. Finalmente, los obtiene, pero poco después se da cuenta de que, en realidad, desearía recibir mil. Sin embargo, y según la palabra que fue pronunciada, se le dan los seiscientos.
«Ello tiene limitado al Santo de Israel.» La riqueza es un asunto de conciencia. Los franceses tienen una leyenda que ilustra esta verdad.
Un pobre hombre sale a la calle donde encuentra a un viajero que le para y le dice: «Amigo mío, veo que está usted muy triste, coja este lingote de oro, véndalo y será rico para toda la vida».
El hombre, entusiasmado de alegría por la buena suerte, se llevó el lingote a casa. Inmediatamente, encontró trabajo y ganó tanto dinero que no tuvo necesidad de vender el lingote de oro. Transcurrieron los años, y el hombre se hizo muy rico. Un buen día, se cruzó en su camino un pobre; el hombre lo detuvo y le dijo: «Amigo mío, yo le daré un lingote de oro, véndalo y será rico por toda la vida». El mendigo cogió el lingote, lo examinó y, se dio cuenta de que aquello no era más que cobre.

Así pues, vemos cómo el primero de estos dos hombres se hizo rico porque tenía un sentimiento de riqueza, pensando que el lingote era de oro.
Todo hombre trae consigo su propio lingote de oro; ésta es la conciencia del oro, de la riqueza, que atrae la riqueza a su vida.
Al formular sus peticiones, es necesario empezar por el fin, es decir declarar haber recibido ya. «Antes de que me llamen, yo responderé.»
Al afirmarla continuamente, la fe se establece en el subconsciente.
No sería necesario repetir una afirmación si se tuviera una fe perfecta. No se debe suplicar, ni implorar, sino dar gracias constantemente por aquello que ya se ha recibido.
«El desierto se alegrará y se abrirá como una rosa.» El hecho de alegrarse mientras aún estamos en el desierto (estado de conciencia) abre la vía de la liberación. La oración dominical es, a la vez, un mandamiento y una petición. «Danos, hoy el pan nuestro de cada día y perdona nuestras ofensas, así como nosotros perdonamos a quien nos hayan ofendido»; y termina por la alabanza: «Pues es a Ti a quien yo pertenezco, por todos los siglos, el Reino, La Fuerza y la Gloria. Amén».
Así pues, esta oración es un mandamiento y una petición, una alabanza y una acción de gracias. El trabajo del estudiante consiste en llegar a creer «que con Dios todo es posible».
Esto parece fácil, así, tomado en abstracto, pero es un poco más difícil cuando nos encontramos en presencia de una dificultad.
Por ejemplo, es necesario que una mujer atraiga una gran suma de dinero, para una determinada fecha. Ella sabe que debe hacer cualquier cosa para obtener una realización (pues la realización es la manifestación), y pide sus directrices. Poco después, al pasar ante una gran tienda, se fija en un bonito abridor de cartas de esmalte rosado expuesto en el escaparate. Se siente atraída por el objeto y piensa en seguida: «Yo no tengo un abridor de cartas tan elegante para abrir cartas que contengan grandes cheques».
Compra entonces uno, pero su razón le dice que estaba loca por haber hecho tal gasto. Sin embargo, cuando lo tiene en su mano, se ve, en su imaginación, abriendo un sobre que contiene un cheque importante, y algunas semanas después, efectivamente, recibió el dinero que necesitaba. El abridor de cartas de esmalte rosado fue la forma mediante la cual había pasado a poner en marcha su fe activa.
Hay abundantes relatos sobre la fuerza del subconsciente cuando está dirigido por la fe.
Un hombre, por ejemplo, pasó la noche en una finca. Las ventanas de su habitación estaban todas cerradas y, en medio de la noche, al sentirse sofocado, se dirigió en la oscuridad hacía una de las ventanas. No logró abrirla y rompió con el puño el cristal de la ventana; después de eso, pasó una noche excelente.
A la mañana siguiente, se dio cuenta de que él sólo había roto los cristales de la estantería de libros, mientras que la ventana había permanecido cerrada durante toda la noche. Él estaba buscando el oxígeno y pensaba solamente en el oxígeno.
Cuando un estudiante empieza a hacer demostraciones de la ley espiritual, no debe volver atrás jamás: «Aquel que vacila no piense que recibirá lo que es del Señor».
Un estudiante negro dijo un día una cosa maravillosa: «Cuando pido cualquier cosa al Padre, soy categórico, y digo: "Padre, no aceptaré menos de lo que pido, sino en todo caso más"».
Así, el hombre no debe transigir nunca. «Una vez que haya hecho lo necesario, mantenga su posición.» A veces, éste es el momento más difícil de la demostración. Constantemente nos sentimos tentados a abandonar, retrasarnos, transigir.
No se olvide que «También sirve a aquel que no hace sino esperar tranquilamente». Las demostraciones se realizan, a menudo en la decimoprimera hora, pues entonces el individuo se relaja, es decir, deja de razonar, y es en ese momento cuando la Inteligencia Infinita puede actuar.
«Los deseos sombríos reciben una respuesta sombría, y los deseos violentos reciben una respuesta violenta, o tardan en realizarse.»
Una señora me preguntó por qué perdía o se olvidaba frecuentemente de sus gafas.
Al analizar la cuestión, descubrimos que ella decía a menudo a los demás y a sí misma, con irritación: «Me gustaría librarme de estas gafas». Y su deseo impaciente se realizaba violentamente. Tendría que haber pedido una visión perfecta, pero no registraba en su subconsciente más que el deseo de librarse de sus lentes; así que continuamente los olvidaba o los perdía.
La dualidad de la actitud del espíritu provoca las pérdidas, las depreciaciones, como fue el caso de la persona que no apreciaba a su marido, o bien el miedo de la pérdida, que crea, en el subconsciente, la imagen de las pérdidas.
Cuando el estudiante llegue a liberarse de su problema (a entregar la carga), sólo entonces obtendrá una manifestación instantánea.
Una señora estaba en la calle, en medio de un violento aguacero y su paraguas se dio la vuelta. Tenía que hacer una visita a unas personas que no conocía y no quería llegar allí con un paraguas roto. Por otra parte, tampoco podía tirarlo, pues no le pertenecía. Desesperada, rogó: «Oh, Señor, hazte cargo de este paraguas; yo no sé qué hacer con él».
Un instante después, una voz le dijo: «Señora, ¿quiere que le arregle el paraguas?». Un reparador de paraguas se encontraba a su lado. Ella se apresuró a aceptar su oferta.

El paraguas fue arreglado mientras ella se marchaba para realizar la visita que tenía que hacer; al regresar encontró un objeto prácticamente nuevo. Hay siempre al alcance de nuestras manos un reparador de paraguas. Cuando no sabemos qué hacer con el paraguas, es decir, con la situación que nos preocupa, si lo ponemos en las manos de Dios.

Una negación debe ir siempre seguida por una afirmación.

Ya era tarde, por la noche, cuando me llamaron por teléfono para tratar a un hombre al que jamás había visto. Él estaba aparentemente muy enfermo, Yo le dije: «Niego esta apariencia de enfermedad. Es irreal y, por lo tanto, no puede registrarse en su subconsciente; este hombre es una idea perfecta del Entendimiento Divino, pura sustancia de la perfección».

A la mañana siguiente el hombre se sentía mucho mejor y, al día siguiente ya se encontraba lo bastante bien como para reanudar sus actividades.

En el Entendimiento Divino no hay tiempo, ni espacio; por lo tanto, la palabra alcanza instantáneamente su destino y no «vuelve vacía». Yo he tratado enfermos que se encontraban en Europa y los resultados fueron inmediatos.

Me preguntan a menudo cuál es la diferencia entre la imaginación y la visión, «visualizar» y «visionar». Imaginar, es un proceso mental gobernado por la razón o por la conciencia; la visión es un proceso espiritual, gobernado por la intuición o por el superconciente. El estudiante debe entrenar su espíritu a recibir la inspiración y a realizar estas «imágenes divinas» mediante directrices claras. Hasta que un hombre no sea capaz de decir: «No deseo otra cosa que aquello que Dios quiera para mí», sus deseos erróneos no se borrarán de su conciencia y el Maestro Arquitecto, Dios en él, no le dará planes nuevos.

El plan de Dios, para todo hombre sobrepasa las restricciones del razonamiento eso siempre es la cuadratura de la vida que contiene la salud, la fortuna, el amor, la expresión de sí mismo más perfectas. Más de un hombre se construyó, en su imaginación, una casa de campo cuando debería construirse un palacio.

Si el estudiante intenta forzar la demostración (por la razón), eso mismo la mata. «Yo apresuraré las cosas», dijo el Señor. El hombre debe dejarse llevar por la intuición, o por directrices bien definidas. «Repósate en el Señor y espera con tranquilidad; fíate de Él, y te satisfará.»

He visto actuar a la ley en condiciones extremadamente asombrosas. Por ejemplo, una estudiante me dijo que le era necesario obtener cien dólares para el día siguiente. Los necesitaba para pagar una deuda, así que era de una importancia vital que se los procurase. Yo «pronuncié la palabra», declarando que el Espíritu jamás se retrasa y que la riqueza está siempre al alcance de las manos.

Esa misma noche, la joven me llamó por teléfono para comunicarme que se había producido el milagro. Tuvo la idea de examinar los papeles que estaban en su caja fuerte del banco. Antes de verificar sus documentos encontró, en el fondo de la caja, un billete nuevo de cien dólares. Se quedó muy sorprendida y, según me dijo, estaba segura de no haberlo olvidado allí, pues verificaba a menudo aquellos papeles. Puede ser que esto fuera una materialización, como la que Jesús efectuó cuando materializó los panes y los peces.

El hombre alcanzará el estadio en el que «la palabra se hace carne», es decir, en el que se materializará instantáneamente. «Los campos prestos para la cosecha» se manifestarán inmediatamente, como todos los milagros de Jesucristo.

Únicamente el nombre de Jesucristo tiene una fuerza formidable. Él representa la Verdad manifestada. Él declaró: «Todo lo que pidáis a mi Padre, en mi nombre, Él os lo dará».

La fuerza de este nombre eleva al estudiante hasta la cuarta dimensión, allí donde se encuentra liberado de todas las influencias astrales y psíquicas, y donde se convierte en alguien «no atado por ningún condicionante, en alguien absoluto, del mismo modo que Dios no se ve atado por nada y es absoluto».

He visto producirse numerosas curaciones, en respuesta a las palabras «En nombre de Jesucristo».

Cristo fue, a la vez, persona y principio; y el Cristo que hay en cada hombre es su propio Redentor y su Salvador.

El Cristo interior, es el Yo de la cuarta dimensión, el hombre hecho a la imagen de Dios y según su semejanza. Es el Yo («Yo soy») que no conoce el pecado, ni la enfermedad ni el sufrimiento, que no nació jamás y jamás murió. Es la «Resurrección y la Vida» en cada hombre.

«Nadie vendrá al Padre, sino a través del Hijo», significa que Dios, el Universal, actúa sobre el plano de lo particular, por medio del Cristo en el hombre; y el Espíritu Santo significa Dios en acción.

Así, cotidianamente, el hombre manifiesta la Trinidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Pensar debería alcanzar la perfección de un arte. Aquel que llega a esta maestría debe tener gran cuidado para no pintar sobre la tela de su espíritu más que, según el designio divino, pinta sus cuadros con magistrales toques de fuerza y de decisión, con una fe tan perfecta que no hay poder capaz de alterar su perfección, sabiendo que eso se manifestará en su vida, como lo ideal que llega a convertirse en lo real.

Todo poder es dado al hombre (por el pensamiento justo) para realizar su Cielo en la Tierra y alcanzar la meta del «Juego de la Vida».

Sus reglas son la fe exenta de miedo, la no resistencia y el amor.

Pueden cada uno de nuestros lectores, ser liberados de aquello que los mantuviera prisioneros durante tantos años, separándoles de lo que les pertenecía, y pueden «conocer la Verdad que les hará libres». Libres, para cumplir su destino, para provocar la manifestación del designio divino que hay en su vida, la Salvación, la Riqueza,

el Amor y la Expresión perfecta de sí mismos. «Véanse a sí mismos transformados a través de la renovación de su espíritu.»

NEGACIONES Y AFIRMACIONES

(Para la Prosperidad)
Dios es mi riqueza infalible, y grandes sumas de dinero vienen rápidamente a mí, por la gracia y los medios perfectos.
(Para Condiciones Armoniosas)
Todo plan que mi Padre Celestial no haya concebido se desagrega y se disipa, y el Plan Divino se manifiesta.
(Para Condiciones Armoniosas)
Sólo aquello que es verdad de Dios es verdad para mí, pues yo y el Padre, somos uno.
(Para la Fe)
Como yo soy uno con Dios, no soy más que uno con mi bien, pues Dios es a la vez el Dador y la Dádiva. Yo no puedo separar el Dador de la Dádiva.
(Para condiciones Armoniosas)
El Amor Divino desagrega y disipa ahora todo estado discordante en mi espíritu, en mi cuerpo y en mis asuntos. El Amor Divino es el más poderoso Químico del Universo y disuelve aquello que no es Él mismo.
(Para la Salud)
El Amor Divino inunda mi conciencia de salud y cada una de las células de mi cuerpo de luminosidad.
(Para la vista)
Mis ojos son los ojos de Dios, yo veo con los ojos del espíritu. Veo claramente la vía abierta; no hay obstáculos en mi camino. Veo claramente el Plan perfecto.
(Para las Directrices)
Yo soy divinamente sensible a mis directrices intuitivas y obedezco instantáneamente a Tu Voluntad.
(Para los Oídos)
Mis oídos son los oídos de Dios; escucho con los oídos del espíritu. Yo soy no resistente y estoy dispuesto a dejarme conducir. Yo oigo.
(Para el Trabajo)
Tengo un trabajo maravilloso,
Divinamente dado,
Doy de mí lo mejor
Y estoy muy bien pagado.
(Para estar liberado de toda esclavitud)
Yo entrego esta carga al Cristo que hay en mí y sigo adelante..., ¡libre!